

EXPEDICIONES DE CONQUISTA Y PACIFICACION DE LOS INDIOS CHIMILAS EN EL SIGLO XVIII

Fol. 966 r. Año de 1768. Santa Marta. Testimonio íntegro del diario hecho por Don Joseph Joaquín de Súniga, como Cabo principal, y Comandante de la salida que se hizo contra la bárbara nación chimila. //

Fol. 967 r. Descripción o diario en que yo, Don Joseph Joaquín de Súniga, formo pormenor de todo lo acaecido en la partida que contra la bárbara nación chimila salió de esta ciudad de Santa Marta, para lo que fui nombrado por el señor Gobernador interino de ella, Don Manuel de Herrera Leyva, por cabo principal y Comandante de las demás partidas que saliesen de la provincia, como más latamente se expresa en la patente que por su Señoría se me despachó con fecha del diecinueve del próximo pasado mes de Enero. El celo que dicho señor Gobernador ha tomado por su cuenta (a imitación del Excelentísimo señor Baylio Frey D. Pedro Mesía de la Zerda, Virrey, Gobernador y Capitán General de este Nuevo Reino de Granada, que con tanto acierto le gobierna en la destrucción de la bárbara nación chimila, que con continuos insultos hostiliza toda la provincia,

Fol. 967 bis r.

Formación de la expedición

// el poner a mi cuidado este negocio, por lo tocante a esta capital; y no obstante el hallarme con justos motivos para considerarme incapaz del desempeño, la ciega obediencia con que siempre me he sacrificado a los superiores preceptos me obligó a admitir el honor que se me brindaba, y a disponer, bajo las órdenes que se me comunicaron por el sobre dicho señor Gobernador, partir con la gente que tenía nombrada en esta ciudad (y una partida de Zambos y Negros que se me brindaron voluntarios, con su Teniente Francisco Barranco, a seguir a los citados bárbaros por diferente rumbo que yo, facilitándosele los necesarios víveres de guerra y boca), el día siete del ya nombrado Enero, pero habiéndolo impedido las aguas, que aún se

reconocían en las montañas, se dirigió para el veintiuno, lo que se ejecutó, mereciendo al señor Gobernador me acompañase hasta el pueblo de San Juan de la Ciénaga, donde fue preciso mantenernos hasta el día veinticinco, que hice mi marcha como sigue:

Día principal

Fol. 968 r.

Lunes veinticinco de Enero: Como a las siete de la mañana salí del pueblo de San Juan, acompañado por mi hermano, Don Miguel Gerónimo de Súniga, Alcalde de la Santa Hermandad de esta referida ciudad; del capitán del expresado pueblo, Vicente Castillo; cinco // soldados de presidio, catorce milicianos de las compañías de españoles y pardos, veintiocho naturales de los pueblos de Bonda, Maringa y Mamatoco, señalados para cargueros luego que fuesen necesarios; la partida de los zambos se componía de veintidós hombres, su cabo, y cuatro exploradores o huelleros, y diez naturales del pueblo de Gaira con otras tantas cabalgaduras cargadas con carne, harina de maíz, municiones, y más que de pronto fue necesario, con la determinación de formar Real a orillas de Aracataca, a donde su Señoría mandó. Prontamente con los dichos gairas (que debían regresar incontinenti [sic]), el demás bastimento que quedaba en el memorado pueblo de San Juan, y lo demás que fuese necesario y a las tres de la tarde, marchamos junto al Río Frío, donde se pasó mala noche por la abundancia de jejenes y zancudos que tuvimos.

Día 2

Alimentación de
la expedición

Fol. 968 v.

Martes veintiséis, más de las nueve de la mañana, por haber estado esperando a los de Ciénaga, después de darle a cada uno de la partida diez y ocho onzas de carne y tres bollos de ración, hicimos nuestra marcha por el nuevo // camino que va para la ciudad de Valencia de Jesús, y a causa de que no habían llegado mis exploradores (o panteros que ellos llaman), por haberse devuelto del pueblo con uno de sus compañeros que enfermó de un recio dolor, desde Sevilla solo alcanzamos a Origüeca, donde llegaron los que faltaban a las cuatro de la tarde; y habiendo pasado lista hallé que se componía la gente de ambas partidas de ciento veintiséis hombres, incluso yo, mi hermano, mi criado y los diez arrieros. Di a todos ración de carne y bollos, y a conocer a dicho mi hermano por mi segundo, y [puse] por cabo al soldado Francisco Estrella, y pasamos la noche sin novedad.

Día 3

Ganado vacuno

Fol. 969 r.

Miércoles veintisiete: A las siete de la mañana seguimos en buen orden hasta el río de Sevilla, donde nos quedamos desde las once, así porque, de pasar adelante, no podíamos alcanzar al paraje en que las bestias tuviesen buen pastaje, como por solicitar matar algunas reses de las muchas que // cimarronas hay en aquellos playones, a cuya ejecución mandé a los pun-

teros, pero habiéndose devuelto cerca de las tres de la tarde sin cosa alguna, para que no nos hiciesen falta los víveres, hice se volvieran desde dicho paraje los gairas con el arria, y uno de los bondas enfermo, y repartí la carga toda entre los veintisiete cargueros que quedaban, y habiéndoles dado ración de carne y harina a los que se volvían, a las cinco de la tarde mandé en busca de alguna res, por ser ya hora en que era regular que hubiesen salido a dormir a dichos playones, y después de las oraciones se regresaron con parte de una que mataron, la que suspendí repartir hasta conseguir la restante, y se pasó la noche sin novedad.

Día 4

Fol. 969 v.

Vegetal tóxico

Fol. 970 r.

Jueves veintiocho: Antes de amanecer hice que fueran por la carne del novillo que se había dejado muerto el día antes, y conseguida la repartí (sacando los huesos) // entre ambas partidas para dos días, y les di también la harina de maíz competente para ellos, y después de que acabaron de almorzar y de salar dicha carne, seguimos viaje con mucho espacio, por lo cargados que iban los cargueros, y a las cinco de la tarde llegamos a la posa, al mismo tiempo que el capitán Don Pedro Melchor de la Guerra con su familia que había pasado a recibir al río San Sebastián. Hicimos aquí noche sin novedad alguna por parte de los bárbaros, pero **tuvimos la de have** (sic), llegando al ranchadero el matatoco Jacinto bañado en sangre de un accidente asqueroso que le sobrevino, y otros doce hombres enfermos de haber comido de una frutilla que unos nombran Chimilas y otros Avellanas Cimarronas, por ser muy semejantes a las legítimas, las que tienen tal actividad que incontinenti que se come, o provoca a lanzar o // quiebra en despeños, aunque tome una sola el paciente, pero es tan fácil el contener lo uno o lo otro, que sólo con tomar un pozuelo de chocolate o una taza de sopa, se consigue, cuya experiencia me dio una casualidad, y fue que habiendo salido el año pasado del setecientos cincuenta y siete a una correría contra estos mismos indios con el capitán Don Pedro Joseph Nieto Machado, mi tío, que fue cuando se descubrió dicha frutilla, sucedió a mucha parte de la partida comer de ella (porque dicen es gustosa) y como a Joseph Santos Padilla hiciese tanta operación que ya le faltaban las fuerzas, y apenas se había puesto la olla a la candela, para substanciarlo le di un pozuelo de chocolate con un biscocho que iba yo a comer, con lo cual fue tan pronto el alivio que, conociéndolo, fue preciso dársele a los demás accidentados.

Día 5

Viernes veintinueve: A las seis de la mañana hicimos nuestra marcha, habiendo mandado al citado Jacinto

Fol. 970 v. se devolviese con dicho capitán Don Pedro // Melchor para esta ciudad, y a poco más de las doce llegamos a los márgenes del Aracataca, donde formé el Real, e incontinenti, por no perder tiempo, separé para mi partida catorce de las veinte arrobas de carne que sólo había de la que sacamos del pueblo de San Juan, y a la de los zambos que (con ocho cargueros que les señalé) se componía de treintaicinco hombres, entregué las cinco arrobas y veintiuna libras restantes, con siete arrobas doce libras de harina de maíz, y un poco de

Provisiones

biiaça: Al cabo Francisco Estrella nombré para que quedase en el Real con otros veinte hombres, y le entregué sesentaísiete libras de carne, y setentaicinco de harina, y habiendo mandado a los otros cincuentaicinco hombres (que conmigo, mi hermano y mi criado hacíamos cincuentaiocho) que formaran // arepas y bollos para dos días, comuniqué al Teniente Barranco que determinaba al día siguiente tomar la marcha entre el dicho río Aracataca y San Sebastián para abajo, que dispusiese él por dónde seguir con su partida, y me dijo que siempre había pensado hacerlo entre Aracataca y Tucurinca, también para abajo; pareciome acertado por las premisas con que nos hallábamos todos de estar los bárbaros de la parte de abajo retirados; y para que no fuese a ciegas, por ser casi ninguna la práctica que tiene en aquellos montes, le hice las advertencias que me parecieron convenientes y ordené que el día siguiente, antes de que partiese, se viera conmigo por si se me ocurría otra cosa qué prevenirle, habiéndole notificado también que luego que necesitase de bastimentos, acudiese a aquel Real, donde dentro de tres días sería provisto de todo lo preciso por el cabo Estrella; a éste también // di las órdenes que a bien tuve para la custodia del Real y la distribución de lo que a él fuese remitido por el Sr. Gobernador; y puesta toda la carga en franquía, nos recogimos y se pasó la noche sin novedad.

Fol. 971 v.

Día 6

Sábado treinta: A las siete de la mañana hicimos nuestra marcha (sin haber visto al teniente de los zambos, no obstante la orden que el antecedente día le di) por el camino de la dicha ciudad de Valencia de Jesús, y como a las trescientas varas se empezó a picar por el rumbo oeste, y habiendo caminado como medio cuarto de legua, volvimos a salir al propio camino, el que a poco trecho dejamos, y seguimos siempre el citado rumbo, y cerca de las diez llegamos a un rastrojo viejo en donde había algunas matas de plátano y dos racimos en ellas, que se contaron y repartieron entre los punteros. De aquí seguimos una pica muy vieja de los bárbaros, // que salió a poco rato al mismo río Aracataca, y habiendo vuelto a picar por el precitado rumbo, cerca

Cultivos
indígenas

Fol. 972 r.

del mediodía encontramos un camino franco con huellas del día antecedente, las cuales, no obstante ir hacia el río determiné con consulta de los más inteligentes seguir por la contraria, considerando que venían de donde tenían sus casas, y que las huellas eran de los indios que iban a montar, y que en sus rancherías hallaríamos solas a las hembras y muchachos, de donde con más facilidad haríamos muchos prisioneros, y que si estábamos errados era preciso que la partida de los zambos que viraba por el otro lado del río, se encontrase con la población, y así por el mismo camino, que marca al sudoeste seguimos, y como // a la media hora me enseñaron dichos punteros una pica antigua suya, por donde hace diecinueve o veinte semanas fueron en solicitud de un fruto que ellos llaman Cascarilla (que no lo es, y sí una cascarilla muy aromática, que echada en el fuego y olida está experimentado ser provechosa para los dolores de cabeza) y dicen hirieron uno de ellos nombrado Antonio Castillo. Por esta pica me aseguraron que todo el camino era llano y muy derecho para la dicha Ciudad de Valencia de Jesús, advertencia que hago por si se tuviese por conveniente el mejorar el que se trafica, que a mi dictamen y el de toda mi gente tiene muchas vueltas sin necesidad. Proseguimos siempre por el camino de los bárbaros hasta llegar al río San Sebastián, donde se acabó, y sólo se hallaba tal cual pica como de monteadores. Pero // reparando que al otro lado había algunas matas de plátano, y que un árbol grueso que estaba tumbado desde esta orilla hasta cerca de la otra servía de puente a los bárbaros por lo hondo del río, lo embalsamos con gran facilidad, y a su margen en un bisagual (sic), hicimos noche sin novedad alguna.

Fol. 972 v. **Caminos**

Fol. 973 r. **Puente indígena**

Día 7 **Forma de poblamiento**

Fol. 973 v. **Puente indígena**

Domingo treintaiuno: A las seis de la mañana hicimos nuestra marcha por la trocha de los bárbaros que seguía río arriba, pasamos las matas de plátano que se hallaban próximas, y reconocimos que el día antes habían cortado un racimo de guines; a poco rato encontramos señas de haber dormido dos noches antes, y a la media legua una barbacoa de ahumar su casa y porción de cáscara de achiote; aquí había dos caminos, uno que seguía río arriba y otro al sur // sudoeste. Seguimos éste por ser el más trillado, y a poco más de media legua nos encontramos con dos ranchitos, y más adelante diferentes trochas. Deliberamos seguir una por donde había pica del día antes, y como a las diez llegamos a una media casa y dos ranchitos vacíos, antes de los cuales había una quebrada que ya no corría, bien que tenía porción de agua estancada; estaba un puente formado de un palo atravesado por lo alto, amarrado con fuertes bejucos en otros dos de una y

Fol. 974 r.

otra margen, con su fácil subida y bajada, compuesta de otros maderos y un pasamano para sujetarse, el cual puente volvimos otra vez a pasar // por no hallar camino qué seguir adelante de la casa; y habiendo encontrado otra pica, la seguimos, y a poco más de las doce, llegamos junto a una poza, donde pocos días antes habían hecho noche cuatro bárbaros, de donde seguía un camino franco, que llevamos toda aquella tarde, y a las dos de ella atravezamos la trocha que abrió D. Felipe Carbonel en la correría que del sitio de Santa Cruz hizo el año próximo pasado, y cerca del anochecer, ranchados en un serrajoncillo, donde parte de la partida no cenó por falta de agua; se pasó la noche sin novedad.

Día 8

Vasijas
indígenas

Fol. 974 v.

Lunes primero de febrero: Luego que amaneció tomamos el camino que llevábamos el día antes, y a las siete de la mañana, junto a una quebrada seca, hallamos dos ollas de múcura // y cuatro catabres viejos, y reconociendo que aquel había sido retiro de cuando salió Carbonel, que nos seguía adelante el camino, que ya Sitio Nuevo nos quedaba atrás, y que no teníamos agua para hacer de almorzar, nos retiramos por el mismo camino, con grande aceleración, y a las once llegamos al mismo dormitorio o aguada del día antecedente, donde se hizo de almorzar con algún espacio por no tener la gente hechos bollos, y después de las dos seguimos nuestra retirada hacia los seis ranchitos citados el día antes, donde hicimos noche, y reconocimos que todo aquel palmar estaba lleno de ranchos que contaban más de veinticinco, en donde dormimos sin novedad alguna. //

Forma del
poblamiento

Fol. 975 r.

Día 9

Martes dos de febrero: Luego que amaneció proseguimos nuestra retirada hacia el San Sebastián, que embalsamos por el mismo paraje que antes, y habiéndose entretenido los punteros buscando trocha para abajo, por tenerla los bárbaros con mucha malicia, se me avisó ya que seguimos su pica, que llevaba la partida de los zambos; hice pasar a los punteros por ella y al cabo, que era el sargento Vicente de la Barrera, adelante; y preguntándoles por su teniente me dijeron quedaba a orillas del río Aracataca con parte de la gente, en una roza que con su buena casa de los bárbaros hallaron el domingo, donde encontraron hasta la masa de maíz en la piedra y que habiendo reconocido que el camino más franco era el que iba para aquel paraje, (que es // el mismo que nosotros encontramos el sábado cerca de medio día) le habían seguido, pensando encontrar otras poblaciones, pero que reconocidos aquellos parajes resolvían volverse donde su cabo, para explorar siempre al poniente de la roza en donde estaban; se lo aconsejé y les dije que era imposible que los bárbaros falta-

Economía
indígena

Fol. 975 v.

	sen de las bocas de los ríos, que yo con mi partida llevaba aquel rumbo, que precisamente se encontrarían nuestras dos trochas y lograríamos lo que deseábamos. Retirose dicha partida y yo con la mía seguí la pica de los bárbaros, y encontrando de trecho en trecho ran-
Fol. 976 r.	chitos, al medio día se sintió candela // que cercamos con la precaución correspondiente, y hallamos que en un placer donde estaba, había dormido aquella noche familia entera, según los rastros de chinos y mujeres y camas (que son palmas en el suelo) y habiendo buscado el paraje por donde se habían ido, seguimos una trocha que marcamos al estenordeste, por la que encontramos a poco rato otros ranchitos y después camino franco, y como a las cuatro de la tarde llegamos a una quebrada de agua corriente, en donde reconocimos que los bárbaros no iban, sino habían venido del paraje para donde nosotros caminábamos; no obstante proseguimos y a la media hora pasamos por tres palmas que servían de //
Campamento indígena	puente a una aguada honda, y al ponerse el sol ranchamos y dormimos sin novedad en un bisagual.
Poblamiento	
Fol. 976 v.	
Día 10	Miércoles tres: Luego que aclaró el día seguimos nuestra marcha por el camino franco, y como a las siete de la mañana se descubrió una casa grande que cercamos prontamente, y como la hallamos cerrada y se reconociese estar desamparada hacía días, la dejamos en la misma forma y tomamos un camino que había hacia el sur, pero habiendo cesado a poco trecho en unos rastros, nos volvimos a la casa y seguimos otro camino que marca al nor-nordeste, por el que, atravezando algunos rastros no viejos, llegamos a un brazo de río //
Habitación	con grande barranco de un lado y otro, y una palma de dieciocho a veinte varas que lo atravezaba con más de veinte venas de palma de vino y otras varas arrimadas a trecho a la palma tumbada para poderse tener y pasar con facilidad, como lo hice yo con la mayor parte de mi gente, bien que a algunos hice pasar por el agua para sondearla, y se halló dar a los más altos a la garganta. Embalsado que fue dicho río, que nos persuadimos fuese Aracataca, almorzamos y proseguimos por camino franco y al cuarto de legua llegamos a otro río, lo mismo que el antecedente, bien que con dos puentes como el del otro, (el //
Fol. 977 r.	cual también me persuado es parte del Aracataca). Aquí marché por el camino que seguía al este, y por él seguimos, atravezando trece arrollos, cada uno con su puente de palos atravezados, y muchos barreales que me molestaron fuertemente por haberme sido preciso andar en ellos descalzo, cosa que en mi vida había hecho, pues el pasado año del sesenta y cuatro, cuando hice otra salida contra dichos bárbaros (en que tuve el logro de
Puente indígena	
Fol. 977 v.	
Aguas	
Suelo	

Forma del
poblamiento
Fol. 978 v.

ENCUENTRO
CON LOS
INDIOS

Fol. 978 r.

Fol. 979 r.

Fol. 979 v.

Fol. 980 r.

aprehender veintiuno de ellos) siendo así que fue en lo recio del invierno, no lo hice, pero (ahora) lo gredoso del barro me impidió pasarlo con zapatos. En este // intermedio se halló seña de que acababa de pasar un bárbaro, por lo que los punteros iban con el mayor cuidado, y como a las doce y media del día llegamos a otro brazo de río, bastante hondo; aunque lo pasaron los punteros, me avisaron que estábamos ya en población de los bárbaros y que tenían grande algazara de riza; nos fuimos llegando con bastante precaución, pero aún no había pasado el puente la mitad de la gente cuando descubrimos las casas que eran tres y una cocina. Esperamos // un rato, mas no pudimos hacerlo tanto que acabase de pasar toda la gente para no ser sentidos; avanzamos y encontramos sólo un indio y una india afuera; corrió tras de ésta Juan Miguel de Salazar, y tras de aquél Antonio Pérez, pero habiéndose caído éste, y el bárbaro echado a arco y flechas, que a prevención tenía arrimadas a un árbol, se vio el Pérez apurado por libertarse de la primera saeta, lo cual logró, ya // que no la cogida de su enemigo, y le dio un balazo del que cayó muerto. El Juan Miguel cogió la india y los demás corrimos a ver si podíamos lograr lo propio con los otros que estaban en las dos casas mayores (porque la otra estaba vacía), mas anduvieron tan prontos en coger sus armas, que al primero que valerosamente llegó, que fue el puntero Fernando Felipe, lo flecharon en el muslo izquierdo, y aún le hubieran asegurado si mi hermano Don Miguel no lo hubiera estorbado dándole un balazo al que lo pretendía, con el cual lo mató. Al mismo tiempo tenía yo cercada la otra casa, y al llegarla a reconocer salieron dos bárbaros despidiendo tanta flecha que parecían muchos, bien que en breve cesó la furia, por haber caído el primero muerto de un balazo que le di y dos flechas de // Miguel Castillo, natural del pueblo de San Juan y hombre de tanta viveza que, siendo así que pasa de ochenta y cuatro años de edad, siempre que se proporciona partida contra los bárbaros se alista voluntario, si no está enfermo; y el segundo [indio] murió de un balazo de Juan Merchante y un paletillazo de Agatón Malambo. La demás gente acechaba por ver si podía coger otro vivo, pero se hacía dificultoso por haberse hecho fuertes en la casa, no obstante muchas diligencias que se hacían para que saliesen, viendo lo cual pasaba yo a disponer algún modo de echarlos fuera, cuando a grande fortuna me escapó Salvador Bustamante, uno de mis flecheros, de una [flecha] que contra mí disparó un bárbaro, y logró // que errara el tiro con un empujón que me dio y un golpe a la flecha con su arco; pero no pudo escaparse de otras dos Vicente Chico, a quien

Prisioneros

Fol. 980 v.

Fol. 981 r.

Fol. 981 v.

Dificultad de encontrar a los indios

Medicina entre expedicionarios

Fol. 982 r.

Objetos y alimentos indígenas

hirieron dos bárbaros que sutilmente rompieron por un lado de la casa, al tiempo que el dicho estaba de espaldas; mas no se quedaron sin castigo, pues incontinenti cayó el uno de un balazo que le di en los muslos, al que siguieron con otros Blas Noriega y Don Pedro Joseph Fernández, y el otro de dos balazos que recibió de Antonio Castillo y Marcos de Oliva. Viendo tan fuerte resistencia, que hasta moribundos procuraban despedir sus flechas, pegué por mi mano fuego a las dos casas, y habiendo salido un bárbaro sin armas de una de ellas, mi benefactor Salvador Bustamante corrió tras él y le cogió, pero fue preciso por el mucho esfuerzo // del indio la ayuda de dicho mi hermano y Joseph Colet y el Capitán Castillo para amarrarlo. Agatón Malambo cogió una india, Vicente de Herrera otra y Juan Antonio Merino un chino de dieciocho a veinte meses de edad; y de otros tres bárbaros que salieron defendiéndose, el uno murió a balazos y los otros dos escaparon malheridos según me dijeron todos los que estaban por el lado donde huyeron y después reconocí yo por la sangre. Sosegado todo, y hecho poner los competentes centinelas para que algunos otros bárbaros que habitasen en aquellas cercanías no lograsen ningún descuido, mandé se curasen los heridos y que siguiésemos parte de la gente por dos caminos // que se demostraban, con determinación de hacer noche en el mismo paraje donde estábamos, y que para regresar ya teníamos visto que solo con cuatro bárgaros (sic) [nos bastaría] para que hiciesen alguna emboscada o en los lados contrarios de los puentes, o en el barrenal (sic), ya que les sería fácil por la práctica que tienen en aquel monte, como que en él habitan. Nos podían herir o matar mucha de nuestra gente sin ser ellos ofendidos; nos retiráramos hasta pasar el último puente y de allí hasta nuestras casas // para poder hacer una segunda salida, luego que se sosegasen dichos bárbaros, porque el proseguir de presente en su solicitud era cansarnos en balde porque ya tenían de experiencia (y a mí no me faltaba) que luego que sentían que los buscábamos escondían sus mujeres y ajuares donde era muy dificultoso el encontrarlos, y se andaban los varones tras de la propia partida, solicitando algún descuido para lograr su venganza; pareciome [esto] muy regular, y mientras el curandero preparaba los heridos con un poco de triaca en vino, por no determinarlos curar hasta que pasásemos los puentes, reconocí aquella cercanía y hallé que los muertos fueron // siete (habiendo logrado echar el agua del Bautismo al último que baleé, que aún no había expirado) y que en las dos casas quemadas se había dado fuego a algún maíz. Cogí nueve arcos, algunas flechas, yucas, auyamas, más de

Fol. 982 v.

veinte, y cinco machines ¹ ahumados, porción de iguanas vivas y otras ahumadas, tres morrocones, una trucha y una hachuela, algunas paletillas, seis bollos de almidón, de achiote (que es lo que llaman bija y con que se untan los varones cuando salen a sus hostilidades y las hembras en sus huelgas) y otras cosas de sus ajuares; pero lo que me causó gran pena fue haber hallado una faltriquera y una faldilla de chupa, las // arandelas y una faldilla de camisa de mi compañero Don Gabriel de Porras, a quien su Excelencia nombró junto conmigo de regidor de esta ciudad, y a quien estos bárbaros mataron el año pasado en Sevillano. De todo lo dicho cogió la gente lo que le pareció y a lo demás, junto con la casa y cocina le hice pegar fuego, y habiendo mandado poner en mi hamaca a Vicente Chico, no obstante el no ser de riesgo sus heridas y yendo por su pie Fernando Phelipe y una de las indias que también de refilón le dio una posta, cargándolos solo donde había agua, nos retiramos en buen orden hasta pasar el primer puente citado. En este día hicimos noche sin novedad alguna, habiendo curado a los // heridos y hécholes un rancho para protegerlos del sereno y luna.

Fol. 983 r.

Trato a los
heridos

Día 11

Jueves cuatro: A las seis de la mañana proseguimos nuestra retirada en la forma acostumbrada, y llegados a la casa citada del día anterior, hice darle fuego por la retaguardia. Ese día anduvimos con mucho espacio, por ser preciso abrir el camino para que pasase la hamaca del herido sin que le lastimase alguna rama, y por poner en uno de sus chinchorros a la india herida para llevarla cargada, a causa de haber reconocido ser muy jorobada de nación, y que caminaba con gran trabajo, a lo que se añadió el haberle dado una gran calentura al soldado Manuel Guerra, que // le impedía el caminar. No obstante alcanzamos media legua antes del San Sebastián, e hicimos noche junto a una roza sin más novedad que el haberse disparado hasta ocho tiros por la retaguardia, al sentir algunos pasos próximos a dicha aguada, que aunque a mi dictamen no fueron de bárbaros y sí de animales que iban a beber, como éstos no se veían, y podían ser aquellos que con flechas voladas nos procurasen dañar, fue precisa la diligencia de los tiros para ahuyentarlos.

Fol. 983 v.

Día 12

Fol. 984 r.

Viernes cinco: Luego que amaneció seguimos la retirada y llegamos al Real de // Aracataca antes de las once, donde hallé abundante provisión de carne y harina que la eficacia del señor Gobernador mandó con la prontitud necesaria. Me informé del cabo de las novedades que hubiese tenido por aquel paraje, y me dijo

¹ Pescados.

Trato a los
indios

Los zambos

Fol. 984 v.

Día 13

Fol. 985 r.

Día 14.

Fol. 985 v.

Actitud de los
indios

no haber sentido el menor rumor de bárbaros, y que en la arria que condujo los bastimentos hizo retirar dos milicianos que se habían enfermado. Mandé dar a toda la partida de comer a discreción, regalela con chocolate y biscocho de mi viático, y se pasó la tarde y noche con grande júbilo, hasta de los prisioneros, que experimentaban fraternal cariño de todos. Olvidaba advertir cómo, habiendo preguntado por los zambos, me dijo mi cabo Estrella que de boca del teniente de ellos, Francisco Barranto, oyó el día en que salimos del dicho Real, que no volvía por aquel paraje, que él iba a salir al Río Frio por dondequiera que se internase // y están en su casa dentro de ocho días.

Sábado seis: Luego que di ración para cuatro días de carne y harina, hice componer cuatro cargas que quedaron de lo primero y dos de lo segundo en una barbacoa dentro del rancho, y cubierto a más de esto con hojas de vijao, lo dejé para mandar por ello desde el pueblo de San Juan, en cabalgaduras, e hice la marcha con la prevención acostumbrada para dicho pueblo, y antes de llegar a Tocusanca hallamos que, por dos noches antes, durmieron en todo el camino, sin hacer lumbre los zambos. Nosotros ranchamos en Sevilla, de donde dicha partida se llevó algún pescado que los de Ciéna-ga dejaron escondido por si a nuestro regreso necesitábamos de él. El cabo Estrella, con la gente que le dejé para su custodia no llegó hasta las // siete de la noche, por haberle dado una recia calentura motivada por una postema que hacía unos cuatro días que le molestaba. A las cuatro de la tarde, antes de llegar a Sevilla, nos cayó un garicón (sic) de agua, pero tuvimos la fortuna de liberar de ella a los enfermos con algunas mantas de lana.

Domingo siete: Al amanecer hice poner a Estrella en la hamaca de mi hermano D. Miguel, y seguimos nuestro viaje, y a las ocho de la mañana, estando almorzando a orillas de Origüeca, llegaron seis gairas con otras tantas bestias que me conducían cincuenta arrobas de carne que mandaba el señor Gobernador, los cuales me dieron noticia de haber encontrado los zambos el día antes cerca del pueblo de San Juan. Hice descargar tres bestias, y acomodar // en ellas al herido Vicente Chico, al cabo Estrella y a D. Pedro Joseph Fernández, por habérsele hinchado un pie de modo que casi no podía dar paso; y habiendo puesto las dichas tres cargas de carne en la forma en que la dejé en el Real de Aracataca, con las otras tres y la india sola en su chinchorro cargada, nos regresamos a Sevillano a las cinco de la tarde, donde les causó gran admiración a los prisioneros ver un gato, aunque fue mayor la que

tuvieron las hembras en Horihueca al ver las bestias caballares. Esta noche la pasamos en claro por la abundancia de zancudos y jejenes que nos mortificaron.

Día 15

Fol. 986 r.

Actitud hacia
los indios

Fol. 986 v.

Fol. 987 r.

Día 16

Utilidad de los
indios

Fol. 987 v.

Lunes ocho: Como a las dos de la mañana seguimos para el pueblo de San Juan // y llegamos al amanecer. Fuimos derecho a la Santa Iglesia y dimos gracias a Dios Nuestro Señor por los beneficios que habíamos recibido de su poderosa mano durante el viaje, y después pasamos a mi posada donde di un moderado refresco. Y habiéndose retirado la gente, los bárbaros no se veían libres de las mujeres y niños que los iban a ver, y todos los regalaban y trataban con gran cariño. Escribí al señor Gobernador dándole noticia de mi llegada y de los motivos que tuve para mi retirada, y habiendo investigado cuáles noticias daban los zambos, se me dijo que habían publicado que se habían encontrado con dos poblaciones, la una de once y la otra de siete casas, lo cual puse en duda, por tener experimentado que muy // rara vez alcanzaban a cinco las casas que tienen juntas. Díjoseme que también habían seguido a los bárbaros todas las noches con abundantísimas flechas, y que por reconocer que eran muchos se retiraron, y aunque es cierto que lo primero acontece siempre que nos sienten, lo segundo me pareció irregular, y por ello no le di crédito. Pero averiguando todo, tan falso es lo uno como lo otro, pues ni vieron indios, ni tuvieron flechas, ni encontraron tales casas, y sí solo dos con sus rozas en diferentes parajes, en donde, por haberlos sentido los bárbaros, por la bulla con que marchaban, // se retiraron y dejaron lo más de su ajuar; y después dichos zambos lo hicieron desde un paraje río abajo de Tocurinca, en donde encontraron un puente que no se atrevieron a pasar.

Martes nueve: Habiendo tenido respuesta del Sr. Gobernador, en la que me mandaba retirar a casa cuando tuviere por conveniente, previne a la gente para hacerlo el día siguiente, y me suplicaron los de Ciénaga que me interpusiera ante su señoría para que se les diese el bárbaro prisionero, que es hombre de cuarenta años, y al chino, éste para que les cuide, luego que le críen, el ganado vacuno que tiene la Cofradía del Señor Sacramentado de dicho pueblo, y aquel para que procurase instruir // en su idioma, y que nos serviría de práctico siempre que se ofreciese. Les prometí con el consentimiento que me asiste del Sr. Gobernador, no solo los dos, sino los cinco, pero les dije que habíamos de hacer prontamente otra salida a Ciénaga Grande, por haber tenido noticia por ellos mismos de que era a su parecer fácil, a causa de haber oído algunas veces andando en sus pescas, llorar a niños de los bárbaros,

y aceptaron gustosos el partido, aunque advirtieron que era preciso ir a reconocer por cuál de las bocas de los ríos podría hacerse la entrada para no errar el tiro.

Día 17

Fol. 988 r.

Fol. 988 v.

Diálogo
con los indios

Tratamiento
de los indios

Miércoles diez: A la una de la noche salí para esta ciudad [Santa Marta] con los soldados milicianos mamatos, los Bondas // los Masingas, el capitán de Ciénaga, punteros y prisioneros, y llegamos al pueblo de Gaira después de las ocho, donde, después de almorzar y de que descansasen un poco los bárbaros, gastamos más de una hora, por lo cual entramos en esta ciudad a las diez, y fuimos derecho a donde el señor Gobernador. Aquí entregué los prisioneros, hice nuevamente relación de los motivos de mi retirada, la cual se me aprobó, como también el pacto hecho con los de Ciénaga, mas se les dijo que antes de llevárselos era menester dejar descansar, aunque fuese ocho días, a los referidos prisioneros. Dio Su Señoría a todos las gracias por haber cumplido con su obligación y también mandó darles un refresco, después del cual nos retiramos a nuestras casas. En la tarde de este día me hizo el favor el señor Gobernador de mandarme los prisioneros a casa para que los viesen mis padres, y yo mandé suplicar al Sr. Contador, Don Santiago López de Castilla, que me mandase una china de trece a catorce años, que tiene de las que cogió mi hermano Don Manuel de Zúñiga siendo alcalde ordinario el año pasado del sesenta y cinco, // en conjunto con el alcalde de la Hermandad, Don Gabriel Granados, y los vaqueros de ambos andando faldeando sus ganados por Horihueca. Por medio de ella (aunque con mucho trabajo por tener vergüenza de hablar en su idioma) les pregunté qué hacían cuando llegué a su rancho y si había mucha gente por aquellos parajes, y también mandeles informarse del buen trato que se les daba y lo mucho que a ella la queríamos todos, a lo cual respondieron que cuando llegamos estaban en alegría o bebezón (sic) porque iban a embijar (sic) al chiquito prisionero, lo cual, según dio a entender, es ceremonia precisa entre ellos como entre nosotros el Santo Bautismo, y que gente había mucha por aquellos parajes, y también casas, y que solo sentían no tener a toda su familia junto con ellos, pero que tenían esperanzas de que lo lograrían si los llevábamos a aquellos parajes, lo que les hice prometer en mi nombre, advirtiéndoles que todavía no era tiempo, que esperasen algunos días y yo los llevaría. Hícelos volver a casa del Sr. Gobernador, donde han estado asistidos con el mismo cuidado hasta el día de ayer, que vino el cabo Castillo con otros del pueblo por ellos y se los llevó, después del Bautismo del chino, de quien fue padrino. Y para que conste a los dichos señores Excelentísimo Virrey de este reino y Gober-

nador de esta provincia, he formado este diario, que firmo en esta ciudad de Santa Marta a veinte días del mes de Febrero de mil setecientos sesenta y ocho. Joseph Joaquín de Zúñiga. //

SEGUNDO DIARIO DE LA PARTIDA DE ESTA DICHA CIUDAD

Fol. 989 r. Breve resumen de todo lo acaecido en la segunda salida que se hizo de ésta dicha ciudad de Santa Marta contra la bárbara nación chimila, el año de la fecha, y cuyo comando se me encomendó por el Sr. Gobernador de esta plaza y provincia a mí Don Joseph Joaquín de Zúñiga, luego que tomó las riendas del gobierno. Forzoso parece que es que todo artifice que comienza una obra la haya de concluir, si no tiene formal impedimento que se lo estorbe, lo cual tengo entendido que tuvo presente el Sr. Gobernador de esta plaza, Don Manuel de Herrera Leyva, para poner a mi cuidado el mando de la gente que de ella se destinase contra la bárbara nación chimila en el presente año. Pues de no ser así, a imitación de su antecesor se hubiera acordado de mí mala conducta en el año pasado de 764, en que de su orden di principio a la persecución de dichos indios, que con frecuencia hostilizaban estas inmediaciones // (que en parte han cesado con el escarmiento que les hice) y hubiera nombrado a otro sujeto, de los muchos que hay entre los pocos de esta ciudad, para que prosiguiese la empezada obra en aquel entonces, y me hallara yo menos obligado al especial favor que le merezco, en tan grande confianza anteponiéndome a otros que se hallaban acreditados por sus loables conductas. Todo lo cual, y el celo con que sirvo a mi Católico Monarca, obedezco a mis superiores, y amo a mi patria (en todo lo cual no me pospongo a ninguno de sus habitantes), me estimularon a no perder tiempo en volver a la persecución de los expresados chimilas, luego que regresé de la primera salida que hice el corriente año. Y así no obstante el haberme molestado siete días continuos una fuerte calentura, y mortificado otros muchos el humor flatulento, apenas sentí bien corto el alivio cuando pasé al pueblo // de Ciénaga con facultad de dicho Sr. Gobernador, e hice que su capitán Vicente Castillo y otros naturales fuesen a reconocer el paraje o parajes por donde podríamos ir a buscar a los memorados bárbaros. Practicada con bastante eficacia, según después experimenté, e inteligenciándome de lo que habían visto, determiné mi vuelta a esta ciudad, y en ella la salida, franqueado todo lo necesario para la

Hostilidad
indígena

Fol. 989 v.

Tácticas

Fol. 990 r.

gente por el sobredicho Sr. Gobernador, y fue en la forma siguiente:

Día 1º

Día quince del corriente Marzo: Amanecí en el pueblo de San Juan de la Ciénaga acompañado de mi hermano Don Miguel, de los soldados de este presidio, de Joseph Antonio Colet, un criado para mi servicio, y tres matatocos para mis cargueros. Divertí el día en nombrar otros cuarenta y cuatro hombres naturales de dicho pueblo, que tuve por suficientes para la partida, y en darle a cada uno las municiones necesarias.

Día 2

Fol. 990 v.

Miércoles dieciséis de dicho [mes]: Habiendo solicitado doce // barquetillas para nuestro transporte, y comprado y embarcado porción de plátanos y pescado, repartí a cada uno de los nombrados media arroba de carne y un medio de maíz, para que el día siguiente temprano hiciésemos una salida.

Día 3

Jueves diecisiete: Después de las ocho de la mañana salimos en las catorce embarcaciones señaladas, con grande júbilo, los cincuenta y tres hombres nombrados, por la Ciénaga Grande, y a las cuatro de la tarde llegamos cerca de un brazuelo de los del Río Aracataca, y después de haber cenado nos volvimos a salir a dicha ciénaga para excusar la mortificación de los zancudos y jejenes, que abundan mucho en los manglares.

Clima

Día 4

Fol. 991 r.

Viernes dieciocho: Luego que clareó el día, entramos en el brazuelo citado que es el que está a barlovento, con bastante trabajo de los de la canoa puntera por ir abriendo camino para los botecillos y algunas barquetas medianas. Como a las diez del día // arrimamos a tierra y se aseguraron las canoas, y caminando por el agua gran trecho, llegamos a una loma que ofreció lugar para poner los trastes y hacer de almorzar, y a poco más de las doce proseguimos nuestra marcha por una antigua pica de los bárbaros, cargando cada uno de la partida su bastimento para cuatro días. A las tres de la tarde salimos a otra loma más extensa, después de haber pasado continuos aguazales y barreales hasta la cintura, hallamos bagazo de caña dulce que iba comiendo un bárbaro aquel mismo día, y pica fresca. Páramos mientras los exploradores pasaban a reconocer si podíamos pasar adelante a otra loma sin ser sentidos, pero como incontinenti se toldase el cielo amenazando agua, mandé a toda la tropa que fuesen haciendo ranchos en qué guarecernos, lo que aún no se acababa de perfeccionar, cuando se volvieron dichos exploradores // huyendo de la lluvia que comenzaba a caer, y trayendo la noticia de que seguía la pica del que iba comiendo la caña, y como arreció la lluvia, nos fuimos retirando a nuestros ranchitos a pasar la noche, que fue tan lóbrega y tempestuosa, que daba espanto. Llo-

Fol. 991 v.

Dificultades

vió hasta más de las dos de la madrugada, y yo con mi hermano y Joseph Colet pasamos la noche con mayor incomodidad que los demás, porque el carguero a quien entregué la mochila con nuestras hamacas, la dejó olvidada en la loma donde almorzamos.

Día 5

Fol. 992 r.

Señales
de los indios

Fol. 992 v.

Sábado diecinueve: Después de que se hizo de almorzar, con bastante espacio por no querer prender fuego la leña por lo mucho la mojé el aguacero, seguimos la pica que llevábamos el día antecedente, con crecida pena, por la humedad de los árboles y la tierra, y por ser preciso marchar descalzos y desnudos de la cintura para abajo, con el garniel, frasco y cubo colgados al cuello por las // muchas quebradas que corrían a cada paso, y que a veces nos enterrábamos hasta la cintura en el barro, de tal manera que el que no era diestro necesitaba de la ayuda del próximo compañero para salir. Con esta mortificación llegamos a las 11 [once] a una loma en que había un gran rastrojal; aquí nos vestimos y pusimos un punto de guerra (sic) por considerarnos cercanos a alguna población, pero se nos fue el gozo al pozo, porque, por mucho que registramos aquella tierra, no pudimos encontrar nuevamente pica del bárbaro, que llegó hasta dicho rastrojo, siendo así que hallamos el paraje donde cortó la caña y una grande cascarrera fresca de achiote, y otras muchas señales de que aunque habían desamparado aquel paraje, no dejaban de dar sus vueltas por él y porque la abundancia de zancudos que todo el día tuvimos causó admiración a todos, procuramos retirarnos a un paraje alto y escarpado para pasar la noche, que no fue tan mala como creíamos, porque luego // que obscureció se aplacó la plaga y durmieron los que tenían en qué, con algún descanso, pero mi hermano, Colet y yo hablamos largo casi toda la noche.

Día 6

Ref. a expedición
del año anterior

Fol. 993 r.

Domingo veinte: Apenas aclaró el día cuando, dividida la gente en dos partidas pasamos a buscar el camino, que solicitábamos por diferentes rumbos, pero por mucho que trabajamos no lo pudimos lograr, bien que yo conseguí, con la gente que me acompañaba, llegar a una casa desamparada de algunos meses, como a las diez del día, desde donde seguí un camino viejo que marqué al lessueste (sic) [sureste], y a poco más de media hora me encontré con la otra partida en unos rastrojales, y me dijeron que era ya gana de cansarnos por aquellos parajes, por ser los que en el año próximo pasado estuvieron los Tocaimos con los Ciénagas, e hicieron trece prisioneros. Pero después de que almorzamos seguimos otro camino para ver si nos sacaba a paraje donde // se nos mostrase la retirada de los bárbaros, y solo hallé la confirmación de ser el paraje ya

Fol. 993 v.

Día 7

dicho, donde estábamos, porque encontramos una calavera de una chimila que mataron dichos Tocaimos, mas, no obstante, mandé seguir una trocha antigua que se manifestaba al sur, y que a poco rato remató en una ciénaga; y aunque esta no demostraba camino, la embalsamos con el agua hasta los pechos, siendo así que no le faltaba medio cuarto de legua de ancho. Pero el trabajo fue en balde, porque ni por un lado ni por otro hallamos luz del paradero de los bárbaros, y por ello mandé nos retiráramos a donde dormimos la noche antecedente, para volvernos a la Ciénaga Grande y entrar por el otro brazuelo del Aracataca. Como a las cinco de la tarde llegamos // a dicho dormitorio, donde se pasó igual la noche que la última citada.

Lunes veintiuno: Proseguimos nuestra retirada para Ciénaga Grande, donde salimos como al medio día arriados a un paraje que llaman El Papayal. Por no ser ya hora de entrar en el brazuelo hice poner a secar las hamacas y cobijas aludidas, que estaban manando agua, y que se hiciese la comida del día siguiente. Algunos se oponían a proseguir la empresa, por haber experimentado en este viaje mayores trabajos que en otro alguno, pero mi constancia y cariño lo allanó todo, y antes de anochecer nos abrimos fuera de la Ciénaga, donde pasamos muy bella noche.

Día 8

Fol. 994 r.

Martes veintidós: A las seis de la mañana // entramos por el brazuelo del Aracataca, a sotavento, y a las nueve saltamos a una loma, en la que incontinenti hallamos señas de que los bárbaros tenían trájín por ahí. Almorzamos y seguimos su trocha, pasando muchos puentes como los del antecedente viaje y patentisándonosos cada vez más las señas de que no estaban lejos, por lo que caminaba gustosa la gente, aunque eran continuos los embalses y muchos los barriales, y al ponerse el sol ranchamos en una buena loma, en donde el día anterior habían sacado una colmena, y pasamos buena noche, bien que con bastante precaución, por considerar ya muy cerca los enemigos.

Búsqueda
de los indios

Día 9

Fol. 994 v.

Miércoles veintitrés: No bien hubo amanecido, cuando con presteza hice a todos desayunar, por pronosticarme el corazón que en el día // habríamos de lograr encuentro con los bárbaros, y así lo dije a la tropa, y sucedió, pues antes de hora y media de estar haciendo nuestra marcha, que comenzamos a las cinco y media de la mañana, sentimos candela, la que cercamos con la correspondiente prevención, pero no hallando los dueños de ella, y sí señas de que no haría media hora que se habían apartado de allí, muy descuidados de nuestra llegada. Procuré reconocer toda aquella cercanía, que era una montaña muy frondosa, y hallamos seis ran-

Poblado indígena

chillos, y entre ellos algún bastimento, flechería y ajuar de su uso, con más abundancia que en sus propias casas, de todo lo cual, como fuera cosa de gran valor, se aprovechaba la gente, con conocido regocijo, y habiendo advertido que entre los muchos caminos que de estos ranchitos se manifestaban, dos eran los más trilla-

Fol. 995 r.

dos, // nombré diecinueve hombres para que con el capitán Vicente Castillo siguiese por uno, que marca al nornordeste, y a Joseph Ruiz con otros doce hombres dejé en el mismo paraje en dos emboscadas por si volvían los bárbaros cuando nosotros estábamos ausentes, los aprehendiesen. Y dejando todos escondido cuanto llevábamos, solo con las armas seguimos nuestra derrota, siendo la mía con mi hermano, mi criado y diecisiete hombres restantes al sudoeste. Dejo por ahora las otras dos partidas y sigo solo a explicar los pasajes sucedidos en la mía, reservando el hacerlo de las demás para el día en que se me hizo constar, que fue al siguiente. Con grande ligereza por ir escote-ros (sic) caminábamos en solicitud de nuestros enemigos por un camino bien franco aunque con muchas vueltas. Toda la gente iba contenta por las premisas que el camino ofrecía // de ir a la población de los

Búsqueda
de los indios

Fol. 995 v.

sobredichos bárbaros. Atravezamos diferentes brazos de río, todos con sus puentes, y pasamos en la forma expresada en mi diario de Febrero, y como a las diez y media del día llegamos a unos ranchillos viejos y rastrojales. Desde aquí ya no iba el camino tan franco, pues a veces lo perdíamos, y tanto que ya nos volvíamos de una quebrada seca, pero a instancias de Antonio Castillo volvimos nuevamente a explorar, teniendo la facilidad de hallar una trocha nueva, que seguimos con bastante cuidado para no volverla a perder. Por ella fuimos atravezando muchos rastrojales y reconociendo muchos ranchillos, hasta la una del día, que salimos a un playón muy primoroso de pasto para ganados, y como toda la marcha de este día la hicimos con paso acelerado, y había más de dos horas que no encontrábamos // aguada, se hallaba toda la gente fa-

Fol. 996 r.

tigada, mas no obstante, el deseo de encontrarse con los bárbaros les daba demasiado aliento, y así sin descansar proseguimos por dicho playón, que tenía un camino tan franco como el que más. A las tres de la tarde conseguimos encontrar una poza de agua algo mala, bien que a todos les agradó por apagarles la sed que tenían. Yo no quise beber por no demostrarles flaqueza e instarles a seguir nuestra marcha con brevedad y así lo conseguí. Antes de media hora, yendo con el acostumbrado silencio y cuidado, a una vuelta que hacía el camino, de golpe se encontró Luis Santos de Marcos, uno de los punteros o exploradores que iban

Encuentro
con indios

Fol. 996 v.

Fol. 997 r.

Alimentos
indígenas

Forma del
poblamiento

Fol. 997 v.

Cultivos
indígenas

Fol. 998 r.

delante de mí, con unos bárbaros, de los que el primero con prontitud plantó una flecha en el arco, a cuya acción le descargó // dicho puntero el fusil, pero anduvo el bárbaro tan ligero que escapó de la bala, la cual hizo su efecto en el segundo, que era un muchacho de unos doce a catorce años, que venía también armado. El sobredicho bárbaro pensó, haciendo cara con sus flechas, escapar los otros tres compañeros, que eran dos mujeres y otro muchacho; mas el segundo de mis punteros, que era Fernando Phelipe, le aplacó el orgullo con brevedad, matándolo de un balazo, y corrimos tras los otros dos con aceleración, pero solo pudimos aprehender una mujer y el muchacho, pues la otra escapó por su agilidad y práctica de aquellos parajes. Viendo pues que era ya imposible la cogida de ésta, volvimos los que la seguíamos, a incorporarnos con la demás gente, y habiendo hallado todavía al muchacho agonizando lo bauticé // y lo hice despojar de las armas, lo mismo que al otro muerto (cuyo arco era el mayor y más bello que he visto) y apartando a un lado del camino las yucas, batatas, auyamas y plátanos de que iban cargados, y asegurados los dos prisioneros, les hice a éstos señas de que nos enseñaran sus casas; hiciéronlo así, y antes de medio cuarto de legua nos encontramos con una pero vacía y cerrada. Dionos a entender la india que los dueños andaban de montería, y que delante había gente. Proseguimos, y como a un tiro de fusil de esta casa, había dos muy capaces, las que también hallamos desamparadas, pero de aquel instante según los vestigios, y fue que luego que oyeron los tiros hicieron fuga todos los bárbaros, dejando cuantos trastos tenían. Hizo señas la india de que aún faltaba // otra casa, y me guió a ella, más también la hallamos en la misma forma que las antecedentes, y como nos mandase que la siguiésemos por un camino franco que se manifestaba, lo ejecutamos y nos sacó a una roza de maíz con su mediano plafanar (sic), abundancia de yuca, batata y otras cosas de sus mantenimientos, y como la india con sus señas nos dijese que todos se habían escapado y que iban a esconderse muy largo, hice picar y asolar todo lo plantado, y volvimos para las casas, en donde se cogieron muchos de sus chinchorros, abundancia de flechas y bastimentos, un freno de caballo, unos pedazos de cañón de una tercera, que componían el entero, y otras maritatas de su uso, de todo lo cual cogió la gente lo que le pareció y a lo demás le hice dar fuego, y nos retiramos a la primera casa para pasar la noche en ella, puestos los centinelas competentes. Se dio providencia // de asar porción de yuca y batata para comer, porque desde las cinco de la mañana carecíamos de qué, y había algunas

ganas y buena agua corriente que riega aquellos delicados playones, los cuales, me aseguran los inteligentes, ser mejores que los de San Nicolás y San Angulo. Cenamos, pues, y pasamos la noche en vela, así por el cuidado, como por la abundancia de pulgas dentro de la casa y de jejenes fuera, pero no hubo novedad por los bárbaros.

Día 14

Jueves veinticuatro: Luego que previno la gente su pendolaje, hice dar fuego a la casa con todo lo que podía servir de algún útil, y tomamos la marcha en solicitud de los demás compañeros; y cuando llegamos adonde estaban los dos cuerpos difuntos, al tiempo de picar el bastimento que llevaban se halló dentro del monte tres hachas viejas y otras tantas macollas de machetes

Fol. 998 v.

y una mochila eslabonera con su eslabón, // piedra, cuatro pesetas y tres cinceles, y la llave del cañón dicho el día antecedente, dividida en partes, todo lo cual estaba en el catabre del indio, que, según las señas de la prisionera, iban a juntarse con los que se hallaban monteando en el paraje donde habíamos dejado los trastos y emboscadas nuestras gentes; y considerando a éstas con algún cuidado, por ignorar nuestro paradero y habernos ido sin bastimento alguno, ni calabazos para el agua, aceleramos el paso cuanto pudimos, y a poco más de las diez nos encontramos con catorce hombres de los de nuestra partida, que con prevención de bastimentos para proveernos mandaba el capitán Castillo en nuestra solicitud. Nos comunicaron, mientras se hizo de almorzar, que el día antecedente, a poco más de una legua del real ya citado habían aprisionado dos indias, la una con un chino de seis o siete meses, y que

Prisioneros

Fol. 999 r.

los varones que con ellas estaban, // por hallarse a poco más de un tiro de fusil después de las indias, y habiendo sentido a nuestra gente cuando cogieron a éstas, no se pudieron aprehender, ni se les pudo hacer daño alguno, a causa de ser espeso el monte, y no se veían, aunque mandaban muchas flechas por lo alto, y por evitar que éstas hiciesen daño a alguno de los nuestros, se hicieron, por el lado de donde venían las flechas, diferentes tiros, con los cuales se retiraron los bárbaros y la gente nuestra volvió al real, donde nos esperaban con otras célebres noticias. Almorzamos con mayor gusto del que pensábamos, y cuando acabamos seguimos nuestra marcha, y después del medio día llegamos al mencionado real, donde el referido capitán Castillo me repitió lo mismo que va explicado, y me enseñó otro pedazo de cañón de escopeta y pedazos de la capa que fue de mi compañero Dn. Gabriel de Porras, y una manta // de lienzo de algodón fino que había hallado en los catabres de sus prisioneras. Dile las gracias por lo bien que se había portado con su par-

Fol. 999 v.

Actitud del Jefe
hacia la tropa

Precauciones

Día 11

Fol. 1000 r.

Día 12

Fol. 1000 v.

Trato
a los indios

Fol 1001 r.

Reflexión sobre
los informes de
los indios (cf.
pág. 167)

tida y, repartí a toda la tropa tres frascos de aguar-diente que llevaba; y luego que hubimos descansado como dos horas, comencé a hacer la retirada hacia el embarcadero, y antes de ponerse el sol ranchamos en una buena loma, bien preparados por si los bárbaros quisiesen acometernos. Como a la una de la noche la gente de la parte del monte hizo diferentes veces fue-go por varias partes a los bárbaros, que se procuraban acercar, pero nunca lo hicieron, ni nosotros experimen-tamos daño alguno.

Viernes [veinticinco]: A las cinco y media de la ma-ñana proseguimos nuestra retirada, y antes de las diez llegamos al embarcadero, e incontinenti hicimos nues-tra marcha hacia la Ciénaga Grande, y // habiéndola encontrado algo picada por la recia brisa que soplabá, arriamos al paraje nombrado El Papayal, donde nos mantuvimos hasta las nueve de la noche, cuando cesó dicho viento y empezó el vendaval. Nos embarcamos y navegando a vela toda la noche, llegamos al amanecer del día siguiente al pueblo viejo de la Ciénaga.

Sábado veintiséis: Incontinenti que saltamos en tierra en dicho pueblo Viejo, hice mi marcha con toda la partida, para el Nuevo, a donde llegamos a las seis de la mañana, y en derechura pasamos a la Santa Igle-sia a dar a Dios las debidas gracias de los beneficios recibidos, después de lo cual llevé toda la gente a mi posada, les di un moderado refresco, y entregué al ca-pitán Vicente Castillo los cinco prisioneros, de orden del Sr. Gobernador, que así me // lo tenía prevenido, advirtiéndole de la custodia de ellos y del buen tra-tamiento que les debía dar. Prontamente emprendí mi regreso a esta ciudad, por saber que se hallaban mis padres afligidos a causa de haberse promulgado en ella la noticia venida de dicho pueblo, de que los bárbaros me habían quitado la vida, lo mismo que a otros, y habían herido a mi hermano y a Fernando Phelipe. Pero mientras se aderezaban las cabalgaduras pasé con el cura del sitio de San Antonio (que había llegado a aquel pueblo la noche anterior) y con sus bogas, a la casa del sobredicho capitán Castillo para que viesén la man-ta y pedazos de tercerola, lo cual fue reconocido por todos y también el freno, y dijeron a una que de cierto eran todas prendas de un fulano Vega a quien el día pri-mero de febrero de este año // habían herido en las cercanías de su sitio y matádole un compañero. De estas razones y otras que salieron a colación en la con-versación que tuvimos, inferí que los indios que en dicho mes fueron muertos y apresados por mi partida no celebraban el embijamiento del chino, como las in-dias dijeron a la china, y sí la hazaña que habían he-

cho en la jurisdicción de San Antonio, porque es costumbre entre los bárbaros festejar mucho cualquier hostilidad que ejecuten. Las nueve del día serían cuando salí del pueblo de San Juan en compañía de mi hermano Don Miguel, de Joseph Colet y de mi criado. A la una y media llegué a la presencia del Sr. Gobernador y le hice relación por mayor de todo lo sucedido y de haber cumplido con su orden entregando los prisioneros al capitán Castillo: Diome su señoría las gracias // por mi infatigable esmero, lo mismo que a mi hermano, y ambos se las retornamos por su mucho agrado y por la generosidad con que de su peculio gasta para la persecución de los memorados bárbaros, para lo cual me le ofrecí nuevamente, siempre que fuese de su agrado, y ahora lo repito y explano (sic) bajo mi firma, para que no se piense de mí que prometo con ficticias y anfibológicas razones, como tengo experimentado en otros, porque me precio de leal vasallo de mi Católico Monarca, de obediente súbdito de mis superiores, de amante hijo de ésta mi patria, y de verdadero amigo de mis amigos. Y para que conste a los señores Excelentísimo Virrey de este reino y dicho Gobernador, formé el presente, que firmo en esta ciudad de Santa Marta a treinta días del mes de Marzo de mil setecientos sesenta y ocho. Joseph Joaquín de Zúñiga. //

Fol. 1001 v.

Autoelogio
del autor

Fol. 1002 r.

Nueva
expedición

Habiendo recibido orden de mi señor maestro de campo, Don Joseph Fernando de Mier de la Orden de Santiago, para aprontar una partida de cuarenta hombres milicianos de las nuevas poblaciones de mi capitania para que entrase con ellos al campo de los Indios Chimitas, comandándolos, para el fin de la pacificación y reducción de esta bárbara nación a nuestro catolicismo, en conformidad con las superiores disposiciones piadosamente expedidas por el Excelentísimo Sr. Virrey de este reino, y por el Sr. Gobernador de esta provincia, aprontada dicha gente y municionada correspondientemente de bala y boca, y las cabalgaduras necesarias para la conducción de los bastimentos, emprendí mi salida de esta mi vecindad, la nueva población de Nuestra Señora del Carmen de Barrancas, hoy trece del mes de Enero de mil setecientos sesenta y ocho. // Hicimos jornada hasta un hatillo de mi pertenencia, nombrado Paraco, en donde por ser tarde hicimos noche, para continuar la marcha en los sucesivos días con el favor de Dios.

Fol. 1002 v.

Ruta

El día catorce salimos de este paraje y llegamos al arroyo de Garrapaticas, donde pasamos la noche.

Día quince: Salimos de este paraje y no pudimos llegar al caño grande de Garrapatas, por estar los caña-

verales muertos y muy trabajosos; pasamos la noche, cercanos al arroyo grande de Garrapatas.

Día dieciséis: Salimos de este paraje y antes de mediodía pasamos el arroyo grande de Garrapatas, e hicimos dormida en Rancho de Pajas, cercano al arroyo grande de Tasajeras.

Fol. 1003 r.

Día diecisiete: Pasamos el arroyo grande de Tasajeras a eso de las nueve del día, y entramos en la montaña alta siguiendo el camino que tenía anteriormente abierto; a cosa de la una o dos de la tarde // encontramos huella de chimilas que habían andado por el camino y cargaba hacia la parte de arriba, a la montaña de Eslabón; y siguiendo el mismo rumbo que llevábamos pasamos del otro lado del arroyo grande de Salsipuedes, y en él pasamos la noche.

Día dieciocho: Salimos de este paraje siguiendo el camino, y en este día por varias partes se encontró huella de chimilas, y algunos árboles de bálsamo picados, y llegamos a hacer noche a un arroyo grande nombrado Colorao.

Día diecinueve: Pasamos el arroyo grande del Carmen, y como a las dos o tres de la tarde pasamos el arroyo grande de la Puente, y llegados que fuimos a unos cerritos nombrados Carretar, pasamos la noche.

Fol. 1003 v.

Amanecido que fue el **día veinte**, y como día del glorioso San Sebastián, patrón de mi sitio, proseguí el viaje después de que me pareció ser pasada la // hora de misa mayor. Llegué a una cienaguita de pastos, cercana a los pueblos quemados de los chimilas. Aquí me quedé, y por ser temprano mandé que pasasen doce hombres a reconocer si habían andado chimilas en sus pueblos viejos, y hallaron mucha huella de ellos donde habían cortado plátanos y cogido mucho achiote. Volvimos con esta razón a la cienaguita donde yo estaba, y pasamos la noche en este paraje.

Huella
de indios

Fol. 1004 r.

Día veintiuno: Dispuse, con parecer de todos, seguir a estos indios para ver hacia dónde cargaban, o si nos llevaban a algún poblado de ellos. Salí yo personalmente con veinte hombres y seguimos un camino viejo, caminado de ellos en el invierno; se reconocía ser así en la pisada de barro, y por varias partes caían frescales a dicho camino de los que habían cortado el achiote y plátanos, y luego lo volvían a excusar, y delante lo // volvían a coger. Y de esta suerte cogimos el camino, hasta que cogí huella fresca de un indio grande y un muchacho pequeño, según lo mostraba el rastro, el que a poco andar por este camino lo perdimos, de modo que no pudimos dar con él; siguiendo el mismo camino salimos a una rozita donde había dos casitas pequeñas y

una casa grande donde habitaron todo el invierno, y dejadas desde que entró el verano, según lo mostraba, y dijo aquí el chimila Carlos que aquella gente vivía en los montes sin casas, según su costumbre, así que determiné volverme de este paraje en busca de la gente, que estaba en la cienaguita, y cuando estuvimos juntos pasamos la noche.

En la ruta del
viaje anterior

Fol. 1004 v.

En busca del
cacique Catesina

Amanecido que fue el día **veintidós** seguimos viaje para los pueblos de arriba, donde había sido cogido el chimila Carlos por los Tocaimos, y ya cerca a los pueblos quemados, donde habían sido cogidos los chimilas del viaje antecedente // a cosa de las cuatro de la tarde, según parecía, caímos en un camino de chimilas, bien trajinado por ellos y con algunas huellas frescas de este día. Seguimos por él hasta llegar a las primeras viviendas de chimilas quemadas; allí dispuse que nos quedásemos para pasar la noche, y durante ella mandé llamar al chimila Carlos y le pregunté a dónde me llevaban; respondió que a casa del cacique Catesina; preguntele en cuantos días estaríamos allá y respondió que en medio día, por lo que mandé se previniesen veinticinco hombres de bastimento para dos días.

Fol. 1005 r.

Poblamiento.

(Casas del
cacique Catesina)

Fol. 1005 v.

Y amanecido que fue el día **veintitrés**, seguimos los veinticinco hombres con el chimila Carlos por un camino no caminado desde aquel día que se cogieron, y sin descintarse de él siguió, y a la subida de una cuesta dijo Carlos que allí estaba una casa sola. // Llegamos a ella y estaba según como lo dijo, y prosiguiendo adelante hallamos el camino más trillado. Al subir otra cuesta dijo Carlos que allí había dos casas grandes y tres pequeñas, que también podrían estar sin chimilas, pero que saliesen con algún cuidado a reconocer. Hízose así, y no hallando gente proseguimos el camino. Más adelante dijo que se hallaría una casa también vacía, como en efecto lo estaba, y siguiendo adelante pasamos a un caño grande, y en el pie de una costa dijo Carlos que en lo alto de ella estaban las casas del cacique Catesina. Y fue así como saliendo a una roza muy grande, agachados a reconocerla, estaba la mitad de ella más o menos doblada, y en lo alto de un serrajón había tres chimilas en espía; de allí salimos tras ellos, porque a un tiempo nos habíamos visto ellos y nosotros. Pasaron huyendo por entre las casas y por una cuesta // bajaron, con tal fuga que atropellaron a un indio con un varejón de mangle, el cual bajó la cuesta dejando en el asiento de un arroyito el mangle reventado y él salió lastimado por alguna piedra, pues así lo mostraron algunas gotas de sangre que echaba por donde yo iba corriendo. Mandé dieciséis hombres que le siguiesen y yo volví a las casas, que estaban vacías,

Caminos
indígenas

Fol. 1006 r.

Alimentos y
objetos indígenas

Fol. 1006 v.

Fol. 1007 r.

Destrucción de lo
encontrado
(cultivos, etc.)

Fol. 1007 v.

sin traste alguno. Allí se encontraron otros varios caminos muy grandes, que seguían a la parte de Ariguaní, y mandé cinco hombres que siguiesen a ver qué demostraba aquel camino, porque era muy grande, y volviesen con la razón en breve; subieron una cuesta alta, y bajados de la otra parte vieron que iba el camino en la misma estatura (sic) [el mismo ancho], y que se dividía en dos, y que por él habían pasado el día anterior muchos // hombres, mujeres y muchachos, según lo mostraban las huellas; volvieron con esta razón, y antes de que llegasen había entrado yo con otro hombre por una vereda y había topado un ranchito pequeño con maíz, auyamas, batatas, plátanos, ollas, múcaras, flechas, macanas y otros trastajos, y había vuelto a las casas. Llegados que fueron los cinco hombres a las casas con esta noticia del camino, llegaron los dieciséis hombres con hamacas de hilo, un catabre con paños nuevos de lienzo tejidos por ellos, muchas fajas, todo de su uso y un carcaj grande de paletilla, diciendo que habían encontrado de la parte de donde iban una ramadita pequeña con dos ases muy grandes de flechas, mucha porción de macanas, y que detrás de un tronco había un indio que determinó hacerles parada, y que al tiempo de tirarle // una flecha le dispararon a una pierna que descubrió, según dicen lo demostraba la sangre que echaba, y al tiro huyeron los indios e indias grandes y pequeñas que había de la parte del arroyo en unas ramas. Acudiendo allí la gente cogieron todos estos trastes que arriba queda dicho de hamacas y mantas y otros trastajos de su uso. Juntos que fuimos llamé a Carlos el chimila y le pregunté por el camino que habían seguido los cinco hombres; dijo que el que miraba hacia Ariguaní iba para casa de Minga, el de la derecha, y el otro iba a casa de su hermano. Le pregunté cuánta distancia habría desde allí a la casa del cacique Minga, y dijo que tres días; preguntele a casa de su hermano cuánto habría y dijo // que dos días, pero que había muchas cuestas qué subir y bajar por uno y otro camino. Dispuse destruir y aniquilar todo cuanto bastimento había allí, en esto vino la noche y en las mismas casas del cacique Catesina la pasamos.

Amanecido que fue el día veinticuatro mandé se proseguiese destruyendo y aniquilando. Se tumbaron en esta casa de Catesina y en todo el derredor más de cuatrocientos papayos, que en su hermosura eran cual nunca he visto. Se quemaron dos árboles de caingre, del veneno que usan los chimilas; se aniquilaron los yucales y batatales, aunque esto no por entero, por ser cosa casi imposible; se destruyó el plátano y la caña dulce; se quemaron siete casas grandes // atestadas

de maíz, que se cogió, y once ramadas pequeñas. Esto se acabó de destruir a poco más del medio día. Volvimos atrás en pos de la gente que se había quedado en los pueblos viejos y nos juntamos con ellos al llegar la noche.

Amanecido el día **veinticinco** pregunté a Carlos el chimila qué distancia habría de donde estábamos al camino de las vacas, que así lo entiende él, y no por el camino de Tenerife al Valle, y dijo que caminando todo un día y durmiendo una noche, llegaríamos al otro día al medio día, por lo que dispuse, con parecer de todos, seguir este rumbo para de una vez dejar partido este plan de tierras y reconocido el camino de Tenerife. Atravezamos en este día todos los rastros y poblaciones quemadas en la // antecedente entrada, a orillas de un arroyo muy grande, de mucho palmar amargo, aguada donde se proveían todas estas poblaciones viejas.

Fol. 1008 r.

Aguas

Y amanecido que fue el día **veintiséis**, prosiguiendo el rumbo hacia el camino real, llegamos con la tarde a una poza de agua y alguna aguadita para las bestias, y pasamos aquí la noche.

Casas y objetos

El día **veintisiete** seguimos por el mismo camino y a cosa de la una del día o las dos, llegamos a un limpio grande, arriba de un serrajo, donde había dos casas pequeñas, algunos trastes de ollas, múcaras y totumas, y otros trastos, con cuatrocientas y una flechas, sin habitación de gente haría más de un mes, según lo que mostraba. Todo se destruyó y // aquí procuré quedarme, aunque temprano, por haber buen pasto para las bestias.

Fol. 1008 v.

Y amanecido que fue el día **veintiocho**, prosiguiendo el rumbo al camino pasamos dos arroyos grandes, y a cosa de las cuatro de la tarde o algo más, llegamos al camino real de Tenerife, en donde se hizo un limpio grande. Se picaron muchos palos, se picaron muchas cruces y en un Jobo (sic) se puso un letrero que dice: "Aquí salió esta escuadra, y está esta señal a distancia de media legua del caño de las mulas para Sabanas de San Angel".

Pasamos esa noche en las sabanas de las mulas, y amanecido que fue el día **veintinueve** proseguimos viaje para Tenerife // y en el camino que parte para San Antonio alcanzamos en un corral a Don Lorenzo Gómez y un hermano suyo, que venían del Valle con un poco de ganado de cría. Nos pasamos adelante, y antes de llegar al pantano de Chemicuipe encontramos una emboscada de indios chimilas, los que así que sintieron la gente a pie y armada trataron de huir, y aunque

Fol. 1009 r.

Emboscada

salimos tras ellos, se hicieron perdices fugitivas por aquel monte; y siguiendo el camino fuimos siempre sobre su huella, la que llevamos hasta el otro lado del arroyo de Chemicuipe, y viendo que salía la huella a la parte de abajo, pasamos aquí la noche.

Fol. 1009 v.
Geografía

Amanecido que fue el día treinta dispuse, con parecer de todos seguir a estos indios, a ver si nos llevaban a algún poblado de ellos, y siguió la vereda, y hacia la parte // de San Antonio, por unos bajos guaduales y cienaguitas hasta coger la tierra firme, y a orillas de un playón sacaron mucha miel de abejas; tenían también unas humaderas donde habían ahumado mucha montería. Y siguiendo la vereda, la perdimos, y buscándola hallamos un camino viejo, y siguiendo por él nos sacó a una roza vieja, donde había mucha yuca y batatas; y buscando algún camino que nos pudiera llevar adelante, no le encontramos. Desde aquí nos volvimos en busca de la gente que en Chemicuipe habíamos dejado, en donde pasamos la noche.

Fol. 1010 r.

El día treintaiuno, seguimos el rumbo a Tenerife; llegamos Calasguas con la noche, en donde por dar descanso a las bestias pasé todo este día primero del mes. Amanecido // que fue el día dos de Febrero dispuse que la salida de allí fuera después de la hora de misa mayor, por ser un día de Nuestra Señora. Llegué a Tenerife entre la una y las dos de la tarde, en donde se concluye el diario de la marcha de esta escuadra, y en donde lo firmo en dicho día dos de Febrero de mil setecientos sesenta y ocho. Martín Ruiz Díaz.

EXPEDICIONES DEL CABO JUAN TOMAS DE VILLAS Y OTROS

Enumeración de
la gente y las
armas

Fol. 1010 v.

Diario de la salida que hacen los vecinos de San Antonio, hoy día viernes veintiséis de Febrero de este año de mil setecientos sesenta y ocho. Cabo de la Partida: Juan Tomás de Villas, con su escopeta; Casimiro de Villas, con escopeta de Juan Aragón; Cayetano de Villas, con su escopeta; Doroteo de Villas, con escopeta de Esteban Camacho; Simón Miranda, con // escopeta de Jacinto Angulo; Lorenzo Orozco, con escopeta del Rey; Lorenzo Merino, con escopeta de Esbeban Camacho; Joseph Aguas, con su escopeta; Esteban Aguas, con escopeta de Micaela Martínez; Hilario Rodríguez, con su escopeta; Antonio Castillo, con escopeta de Damacio Fontalvo; Luis Polo, con escopeta de Juan de Villas; Julián Polo, con escopeta de Antonio Ortiz; Félix Rodríguez, con escopeta de Diego Rojas; Lucas Aragón, con su escopeta; Joseph Meriño, con

escopeta del Rey; Melchor de los Reyes, con escopeta de Esteban Camacho; Juan Manuel Aguas, con escopeta de Gerardo Toribio; Manuel de Castro, con escopeta del Rey; Pedro Meriño, con escopeta suya; Justo de la Hoz, con escopeta de Esteban Muñoz. //

Fol. 1011 r. Hoy **Viernes**, ya citado, hago viaje, cumpliendo la orden del Sr. Gobernador, y caminando todo el día, no se ha encontrado nada, hasta este playón de la Angostura, en donde hemos dormido.

Ruta

Sábado: Hoy hemos hecho marcha para adelante, y habiendo llegado al playón de Roncador, ahora que serán como las tres de la tarde, hice alto, por aguardar la partida de Sitio Nuevo, según se me ordena por Don Juan de Antique; y no habiendo llegado hasta la noche, hicimos la dormida en dicho Roncador.

Fol. 1011 v. **Domingo:** Habiendo rompido el día, y no apareciendo dicha gente, determiné volver para atrás con tres hombres, en busca de dicha partida, dejando mi gente en Roncador, hasta mi vuelta, lo que ejecuté así; y caminando en // busca de la partida citada, llegué al paraje nombrado las Sabanas Nuevas y Hato de Don Julián Valera, con la noche; y habiendo solicitado por dicha gente, me dieron razón de no haber aparecido, pero que las carnes pertenecientes a los dueños de aquel hato estaban aprontadas; con esta respuesta dormí en el hato hasta la mañana.

Lunes: Habiendo rompido el día, y no habiendo aparecido dicha partida, determiné volver para Roncador, lo que ejecuté y llegué a mi real dicho Lunes por la noche, sin haber topado novedad alguna en dicha ida y venida.

Ranchos
indígenas

Fol. 1012 r.

Martes: Habiendo rompido el día determiné seguir mi destino para la montaña, lo que ejecutamos; y caminando encontramos una ranchería vieja de indios, en la que topamos muchas cáscaras de Carreto, // prevención de ellos para el resguardo de las aguas, y en dicha ranchería dormimos dicho Martes.

Encuentro
con indios

Miércoles: Habiendo echado el Señor la luz de este día, seguimos viaje para adentro, y habiendo caminado como hasta las nueve del día llegamos a topar un arroyo muy grande, en el que se abrían dos caminos, y allí dispuse el dejar diez hombres, y los otros diez que siguieran conmigo por el otro camino; y habiendo caminado pocos pasos, oí dos tiros de escopeta, lo que me movió a volver para atrás, a ver qué novedad era; y llegado que fui al real, hallé a Joseph de Aguas y Juan Manuel de Aguas con catabres, chinchorros, bollos y flechas de los indios, y preguntándole de dónde habían cogido dichos trastos, me respondieron que estando

Fol. 1012 v.

ellos arriba en la meseta del arroyo, vieron venir a siete indios, y que // como los cogieron en forma de no poder esconderse, lo que hicieron fue aterrarse al suelo, y ya que estaban a tiro, le descerrajó Joseph de Aguas al primero, el que habiendo recibido el golpe salió huyendo, y los otros detrás de él, y que para huír mejor habían botado los trastos que ellos habían recogido. Oídas estas razones por mí, dispuse seguir a los indios, y entonces me dijo el Juan Manuel haber hecho él otro tiro a dichos indios, y que estaba cierto de haber logrado el plomo de su escopeta, con cuyas razones seguimos a los indios, no por el camino, sino por la espesura del monte, que a éste se botaron, y a pocos pasos topamos las dos huellas de sangre, las que seguimos hasta el medio día, y que vinieron a reventar el camino real de ellos, lo que para verificar mandé tres hombres atrás, que reconocieran // el camino, por ver si era el que debíamos traer, y luego a poco vinieron y me dieron por razón ser el mismo camino, y que inmediata al arroyo estaba una ramada de palma amarga nueva; con el regreso de dichos tres hombres, seguimos para adentro, y habiéndonos cogido la noche hicimos alto en un paraje nombrado el Guayabal.

Camino indígena

Fol. 1013 r.

Jueves: Habiendo rompido la luz de este día seguimos viaje, no habiendo topado con más novedad que la rastro de la sangre que llevaban los dos indios heridos, un calabazo nuevo de totuma lleno de chicha, que se cogió en la dormida de los indios de aquella noche antes, en cuya dormida se encontró una cama, que aunque era en el suelo, tenía más asco que las otras, y una cruz de cabecera. Seguimos y dormimos en el Real que nombran de Don Phelipe. //

Señales
de los indios

Fol. 1013 v.

Viernes: Rompiendo el día seguimos viaje, y habiendo caminado hasta las diez del día, al dar una vuelta que hacía el camino, nos dimos con un indio solo, el que luego que nos vio fue invencible, aunque le seguimos; y habiendo dejado diez hombres atrás con las dos bestias que metí con los bastimentos, seguí para adentro por el mismo camino topando en él las huellas del indio que iba huyendo; y caminando como hasta las tres de la tarde, salimos a una roza grande, que se conocía la habían acabado de sembrar de maíz, y queriendo registrarla, como era angosta la habra (sic) que tenía el camino, y ser yo el delantero, al salir a la misma roza se me clavó en la boca pierna del lado izquierdo del calzón de encima una paletilla, y al voltear a verla me estaqué // el pie derecho, y haciendo alto a sacarme uno y otro, se reconoció estar toda la emboscada del camino de dicha roza empuada, así para los íes (sic) como para todo el cuerpo; y curándome allí propio,

Maíz

Emboscada

Fol. 1014 r.

seguí para adentro, y habiendo visto un indio emboscado a la orilla de la roza llamé a Lorenzo Orozco y éste vio otro, y luego incontinenti vino Lorenzo Merino a avisarme que toda la orilla estaba llena de indios y que si no los oía hablar en su lengua; y aplicando el oído, los oímos, pero siempre dicho Orozco y yo hicimos la puntería a los dos que estábamos mirando, y descerrajamos sobre ellos, así el tiro como las personas, y habiendo llegado a donde estaban sentados hallamos mucha yuca cruda que tenían allí, y las emboscadas que nos tenían hechas. Y habiendo seguido la rastra de los indios solo se topó huella de los dos que iban // heridos, con lo que se infiere que, aunque los otros compañeros dispararon a la parte donde se oía el habla de los indios, no se logró más tiro que el mío y el de Orozco. Y volviéndonos a la roza, se les cortó todo cuanto tenían sembrado, como era yuca, batata, caña de comer y caña de flecha, achiote, papayos y otros árboles, y hecho este daño salimos por otro camino, donde encontramos dos casas, la una chica vacía, y otra grande con muchos bancos dentro y un tambor, pero no otro trasto, y pegado a éste, un cahidiso (sic) grande con muestras, que habría dos días de haber faltado de él la candela. Nos estuvimos allí hasta que el fuego se acabó, y acabado que fue, hallamos a la vista tres caminos francos // los que, como la gente era poca, [no fueron explorados] aunque ya habían venido los que estaban atrás con la jarria (sic), que reconocimos ser pocos, yo [estaba] herido, y no llevábamos persona que conociese si tenía veneno o no la pica; determiné, pues, volver para atrás y seguido el viaje vine a dormir a la aguada de aquella roza, que estaba poco distante de ella.

Sábado: Habiendo amanecido este día seguí marcha para afuera, sin haber tenido novedad de los indios en toda la noche, y nos cogió la noche en las inmediaciones de donde se abalearon los indios, en cuyo paraje dormimos dicha noche.

Domingo: Habiendo rompido la luz de este día, seguimos y luego a pocos pasos llegamos al arroyo, y buscada la ramada se dio con ella, y se reconoció ser dormida de los indios cuando salen y van para el monte; se le dio fuego y seguimos el viaje, y no pudiendo alcanzar el playón dormimos en la montaña. //

Lunes: Habiendo amanecido este día seguimos viaje sin novedad, y habiendo caminado como hasta las doce del día, salimos con felicidad al playón, en el que nos quedamos a dormir, por venir la gente algo estropeada. Pero mientras cerraba la noche cogimos bestias y seguimos dicho playón por la vera de la tierra firme, a

Fol. 1014 v.

Cultivos
indígenas

Caminos
indígenas

Fol. 1015 r.

Exploración

fin de ver si encontrábamos alguna otra entrada, la que no se vio en lo que caminamos, y lo dejamos, volviéndonos para atrás, por ser de noche, y llegando al real dicho, hice dormida en él.

Martes: Habiendo amanecido, se cogieron todas las bestias, y seguimos viaje para afuera, y no habiendo topado novedad alguna dormimos en el paraje nombrado Playón del Juncal.

Fol. 1016 r.

Miércoles: Habiendo rompido la luz de este día seguimos nuestro viaje para nuestras casas, y llegamos // a ellas en dicho día miércoles, como a las seis de la tarde, sin haber tenido novedad alguna. Y para remitir al Sr. Gobernador, comandante general de esta provincia, he sacado el presente diario con la lista de la gente que fue al monte, para que dicho señor quede inteligenciado de todo; que es fecha en San Antonio, y Marzo nueve de mil setecientos sesenta y ocho años. Juan Thomás de Villas.

EXPEDICION
DE JUAN
DE MANGAS

Razón y diario de la salida que hizo al monte el sargento Juan de Mangas, de orden del Sr. Gobernador de esta provincia de Santa Marta, el día seis de Marzo de este presente año de mil setecientos sesenta y ocho. En dicho día seis, se siguió la marcha, con veintitrés hombres, aviados de fusiles, pólvora y bala, y los bastimentos necesarios, y al pasar por el sitio de la Purísima Concepción del Remolino se agregaron tres hombres voluntarios, y siguiendo la marcha, se fue registrando la montaña // que hay desde el citado Remolino hasta el sitio de Castro, en donde se hizo noche.

Fol. 1016 v.

Rumbo

El día ocho considerando y por tener noticia de que el cabo Juan Thomás de Villas se había retirado con su gente, tuve a bien registrar todas las trochas por donde había andado el citado Villas, y en dicho paraje dejamos todas las cabalgaduras y se escondió todo lo demás que no se podía cargar.

El día nueve, después de haberse arracionado a la gente para seis días, entré en la montaña que corre de San Nicolás para arriba, y a distancia de poco más de cuatro leguas se hizo dormida en un paraje que por la abundancia de mosquitos recibió el nombre de El Mosquitero.

El día diez se siguió viaje para arriba, haciendo la diligencia de registrar la montaña y sus caminos, y a distancia al parecer de siete leguas, se hizo alto y dormimos en un paraje inmediato al arroyo que llaman Sapallán.

Cambio
de rumbo

Fol. 1017 r.

El día once se hizo viaje mudando de rumbo, mirando hacia la Sierra Nevada, // en donde se encontró un camino de chimilas, y una casa vieja pero con uso de

ellos por la candela que había; se redujo de fuego, y a distancia de media legua nos arranchamos.

El día doce seguimos la marcha, y, al parecer, a una distancia de tres leguas encontramos una labranza de aquellos naturales, con muchos bastimentos como son: yuca, ñames, batatas, caña y plátanos, y muchos pies de papayo sembrados en carrera, y se arrasó todo lo que se pudo; y a distancia de medio cuarto de legua se encontraron seis casas grandes, y en ellas se conoció haberlas dejado cosa de tres o cuatro días antes. Se les pegó fuego con algunos trastajos de ellos, como son: machetes de palo, macanas, una múcura llena de veneno, bancos y ollas, y habiendo seguido para adentro, como a cosa de una legua mandé subir un // hombre en un árbol, quien registró ser aquella tierra toda doblada y no hallarse por allí camino. Nos volvimos para atrás y a poca distancia hicimos noche.

El día trece seguimos la marcha y a poco rato encontramos un viejo camino que seguía para arriba, y a distancia de un cuarto de legua se encontró una casa nueva y una roza que al perecer tendría dos cabuyas, pero sin sembrar, y habiéndole pegado fuego a la casa, seguí el mismo rumbo, y a la distancia de una legua encontré una labranza con muchos bastimentos, como son yucales, platanares, ñames y batatas, y habiéndose talado lo que se pudo, seguí, y a poca distancia encontramos otra labranza muy grande, con un platanar que al parecer tenía más de doscientas matas. Allí encontramos // seis casas grandes, y en una de ellas una buena troja de maíz, a la que se pegó fuego. Dicha labranza es de las mayores que se han visto entre los indios chimilas, toda llena de bastimentos, que llevo referidos, y otra roza de maíz, que estaba media vara de alto, la que se arrasó, en donde sentimos los indios, por habernos tirado algunas flechas por dentro del humo que salía de las casas. Los seguimos pero no los vimos, por ser toda aquella tierra de serrajones, y habiéndonos vuelto dormimos en el dicho paraje, o descansamos algo por la fatiga del trabajo, con centinelas.

El día catorce, a distancia de una legua siguiendo el mismo rumbo, encontré otras tres casas, con algún trajín, pero no de mayor asistencia, y también un platanar pequeño y muchas frutas de las ya referidas. Quemamos las casas, arrasamos lo que se pudo, y registrando por aquellas inmediaciones, nos volvimos a aquel paraje, // en donde hicimos noche.

El día quince nos entretuvimos registrando aquellos montes, y solo encontramos otra casa que se conocía ser dormitorio cuando ellos salen a sus monterías.

Poblamiento

Geografía

El día dieciséis determiné salir para fuera con mi gente, habiendo consultado entre nosotros volver a aquel paraje por el veranillo de San Juan, por haber reconocido y dar los caminos a entender que hay muchas poblaciones; la tierra es muy amena, tiene copiosa agua, y se pueden conducir a caballo, sin tener que descargar en parte ninguna. Habiendo salido fuera llegamos a este sitio de Santa Cruz de San Joseph el día dieciocho en la noche, advirtiendo que todas las noches se rezó el Rosario de María Santísima en voz alta, y por la mañana después de alabar a Dios se rezaba una Salve, por cuyas diligencias nos restituimos a nuestras casas sin haber experimentado ni un dolor de cabeza. Su Majestad Santísima sea por siempre alabado. Juan de Mangas. //

Fol. 1019 r.

Carta de Andrés
Ignacio de Acosta

Sr. Gobernador Comandante General: Con no poco sentimiento escribo a V. S. [Vuestra Señoría] ésta para noticiarle, como tan precisos lo imposible que se ha hecho y hace en esta ocasión la entrada a las montañas, en la pacificación de los indios bárbaros Chimilas, a causa de la gran peste de fríos y calenturas de que se halla infestada esta villa, como es público, y aseguro a V. S. que no se oyen más que lamentos, pues hay casa en que no hay uno bueno, si con la felicidad de no morir, pues si esto sucediera, estuviera lo más del lugar ya sepultado; pues aunque me he esforzado cuanto me ha sido dable, no he podido lograr el que se alisten buenos ni aun veinte hombres, pues el que hoy se nombró bueno mañana está en cama. Todo ha sido trabajar en nombramientos, y todo infructuoso por dichas calenturas; Dios nos // vea con ojos de misericordia, y pues así lo dispone, convendrá. Hállome con toda la provisión de municiones y demás necesario para dicha salida, de lo que determino (con la aprobación de V. S.) disponer de aquello corruptible, para a su tiempo reponerlo todo con cuenta y razón formal, y lo demás mantenerlo en ser muy bien acondicionado, sin permitir que se contraiga o malogre cosa alguna.

Fol. 1019 v.

Expedición de
Martín Ruiz Díaz

Fol. 1020 r.

Probable localiza-
ción de los indios

El dos del corriente salió por el camino del valle que sigue a esta villa el capitán Don Martín Ruiz Díaz, habiendo atravesado desde el sitio del Guamal y recalado a dicho camino del valle, en medio del paraje que llaman Las Mulas y San Angel, sin haber podido hacer presa alguna, aunque se encontró // con indios en varias partes de la montaña viviendo fuera de sus casas, arrasó algunos bastimentos, y me aseguró que todos hacían su huída por las orillas de este río, que no hay duda se hallan todos, según se experimenta, desde esta villa para abajo, pues no faltan los más de los días varios visajes. He tratado con dicho capitán Ruiz Díaz

Fol. 1020 v.
Dificultades para
las expediciones

Fol. 1021 r.

Fol. 1021 v.

sobre hacer una salida que sí logre algún fruto (según nos parece), siendo con la complacencia de V. S., en el mes de Agosto próximo venidero, con treinta o más indios tocamos, juntándonos en paraje que destinaremos precisamente, poniendo el Real donde nos parezca cómodo para poder batir la montaña con el desembarazo // que se requiere, mudándonos según lo que convenga; pues crea V. S., no se puede hacer cosa de mayor provecho con veinticinco ni treinta hombres que salen en una partida, pues ocupados unos en abrir camino y otros en cargar, y otros en su grande inutilidad y miedo, no queda con quien poder uno adelantarse para ir registrando el monte antes de que los indios lo sientan, que si esto logran, precipitadamente huyen, y con esto se perdió toda la esperanza del principal fin de apresarlos, pues se hace imposible el seguirlos, y me alegrara pudiera V. S. experimentarlo, pues muchos que jamás han salido de sus casas, ni saben lo que es el monte, y que // todo lo quieren gobernar, facilitan la cosa con palabras e informan a V. S. mil inconsecuencias, sin atender a los graves daños que de ello resultan. Dicho capitán Ruiz Díaz me aseguró que interponiendo V. S. su autoridad, disponiendo sobre dicha salida lo que tenga por conveniente, los indios tocaríamos saldrian gustosos con él, que así se lo tenían ofrecido, mandando V. S. su superior orden para ello, que él de su parte haría lo que condujese al buen éxito de dicha salida. Y es cierto que sin dichos tocamos no se hace cosa mayor, pues su sagacidad y ningún miedo les franquea soltura en la montaña para hacer cualquiera formal empresa. Yo quedo en todos // términos pronto a cuanto V. S. se dignare mandarme, y rogando a Dios le guarde muchos años, como desea su teniente, y Febrero cinco de mil setecientos sesenta y ocho, besa la mano de V. S. su atento servidor y súbdito, Andrés Ignacio de Acosta.

EXPEDICION DEL CABO PEDRO NOLASCO LOPEZ

Ruta

Puerto Real de Ariguaní, Febrero once de mil setecientos sesenta y ocho. Apunte de lo que va transitando la expedición del Valle de Upar asociada con la partida de Pueblo Nuevo. Se compone de ocho hombres y su cabo, y sigue en este término: en dicho día seguimos por rumbo el Ariguaní arriba hacia el potrero grande por el centro del playón, con distancia del camino hasta de cinco leguas a juicio prudente.

Al siguiente, que se cuenta doce seguimos el rumbo por la cabecera de otro playón, siempre en derechura al poniente, en donde se encontraron a orillas de otro //

playón algunas picaduras de indios algo viejas, las que no se pudieron seguir por no ser posible. Se camina de distancia cuatro leguas por montes inhabitados, en donde se encontró caño de aguas vivas, y a orillas de él muchos guaduales.

En el siguiente día, que se cuenta **trece**, se siguió el mismo caño aguas arriba, siempre al poniente, por montes inhabitables, donde no se encontró cosa alguna que dé muestras de haber fundación ninguna de indios.

En el siguiente día, que se cuenta **catorce**, seguí el rumbo por la misma senda que se había seguido para el Real, por haber sucedido la fatalidad de haberse dado un machetazo el baquiano que llevábamos.

Fol. 1022 v. En el día siguiente, que se cuenta **quince**, salió de este Real una escuadra, siguiendo // el rumbo en dirección del del Playón de la Ceibita, camino que sigue a la villa de Mompox, donde no se encontró más de una pica de indios muy vieja, y sólo se encontró un caño, que según dice el baquiano, es el mismo citado los días doce y trece; y se caminaría una distancia de cinco leguas. En el siguiente día, que se cuenta **dieciséis**, salí de este Real siguiendo el rumbo por las medianías de este playón, en derechura al Río de Ariguani, y luego que se reconoció dicho río, seguí como un cuarto de legua aguas arriba, en donde se encontró una madre vieja, la que atravezamos, y luego a corta distancia se encontró una picadura // de indios, no muy vieja, la que seguimos, y a corta distancia de un cuarto de legua se encontró una ranchería de indios, y de ahí no se pudo encontrar por dónde siguieron dichos indios. Seguí un caño en donde habían hecho la dicha ranchería, el que seguí distancia de un cuarto de legua y luego lo dejé, y seguí por el centro de la montaña en derechura al camino que sacó Don Manuel García hacia San Angel, al cual salí, y en las inmediaciones de él se encontraron algunas señas de indios no muy viejas, y de aquí tomé la marcha con la gente hacia el Real.

Fol. 1023 v. El **diecisiete** seguimos de dicho Real hasta el Hato de las Cabezas, en donde ranchamos, // y el **dieciocho** lo entretuve en que reposase la gente y descansasen las bestias.

El **diecinueve** seguimos del citado hato en derechura a Camperucho, en donde ranchamos. Y el **veinte** seguí hasta Aguas Blancas, en donde ranché.

El **veintiuno** marché hasta las Sabanas del Valle, en donde se hizo rancho, y el **veintidós** seguimos a la ciudad llegando a ella como a las diez del día, y poniéndome en presencia del Sr. Teniente de Gobernador y del

de las milicias, con lo que concluí este diario, el que firmo en el dicho día. Pedro Nolasco López.

Fol. 1024 r.

En dicho día de la entrega del diario antecedente el cabo que lo dio, Pedro Nolasco López, escribió en él: // Sr. Teniente de Gobernador Dn. Joseph Francisco Maestre: Trescientas balas de fusil sin pólvora, porque ésta dijo haberse perdido con las aguas, y lo mismo las otras y demás. Por lo que sé, dichas balas han sobrado de la expedición, y de que su merced se hace cargo, y lo firma dicho Cabo con su merced, por [y] ante mí, el escribano que doy fe. Joseph Francisco Maestre. Pedro Nolasco López. Ante mí Bartolomé León Garavito, Escribano público y registros.

Carta de Matías Gómez y José Blanco.

Ataques
indígenas

Fol. 1024 v.

(Motivos de la
expedición)

Composición
de la expedición

Fol. 1025 r.

Sr. Gobernador y Comandante General; Muy Sr. mío: recibimos la de V. S. de diez del que expiró, en la que nos pide el diario de la expedición que se hizo al campo de los chimilas por el de Febrero de este presente año, el cual diario acompaña a ésta, y [como] mediante él se hace constar lo que ocurrió en el vecindario, omitimos hacerlo por nuestra parte. También ponemos en noticia de Vuestra Señoría cómo el mes próximo pasado, a principios, salieron los indios en el Río del Diluvio y camino real, avanzando a un esclavo // y a un concertado del Sr. Vicario Don Tomás Campuzano, los que escaparon huyendo, pero lograron matar la cabalgadura de dicho esclavo, llevándose todo lo que en ella había, e inmediatamente volvieron a salir en dicho Río del Diluvio, por donde embalsan los ganados, a un esclavo de Don Agustín de la Sierra, quien también escapó del mismo modo, que los anteriores. Estos motivos movieron a los hacendados a pedir al religioso Padre Cura del pueblo de Tocaima, les mandase algunos indios para que estos entrasen por dicho Río del Diluvio y quebrada de S. Lorenzo arriba a reconocer si había fundaciones de dichos chimilas, lo que se discurría desde antiguamente, y no se había hecho por ahí entrada, por lo agrio y pedregoso, lo cual se efectuó viniendo veinticuatro tocaimos, y fueron muy gustosos, acompañando a éstos seis hombres para conducirlos // el bastimento, y quedar con repostero en el hato del Diluvio. Entraron por dicha quebrada, haciendo la vuelta de retirada por Garupal, y reconocido dicho terreno encontraron varios caminos para Ariguaní arriba, para la serranía. Por esta diligencia fueron por los criadores gratificados, y ellos quedaron de hacer entrada por el Bananillo, a Ariguaní arriba sobre la serranía. Es cuanto ocurre, y rogar a Dios guarde a Vuestra Señoría

muchos años. Valencia de Jesús, y Mayo siete, de mil setecientos sesenta y ocho. Besan la mano de V. S. sus muy atentos y seguros servidores. Matías Gómez. Joseph Blanco de Dueñas.

EXPEDICION DE JOSE DE MENDIVIL

Habiéndose servido el ilustre cabildo de esta ciudad de Valencia de Jesús, de nombrarme de cabo para la expedición que sale de esta ciudad a la persecución de la pacificación de la nación bárbara Chimila, con orden de entrar por la // vuelta de El Paso al reconocimiento de los márgenes del Ariguaní, monte de la Ceibita, camino de Mompo, Potrero Grande y El Tonto, que por no haberse nunca registrado aquellos territorios, y las continuas salidas que en sus inmediaciones, con varias muertes, se experimentan en dicha nación, se considera no tener muy lejos sus fundaciones, y por dar de todo noticia, deseoso de un buen acierto en servicio de Ambas Majestades, paso a hacer este diario en la forma siguiente:

Fol. 1025 v.

Hostilidad
de los indios

Salí de la ciudad hoy día tres de Febrero de mil setecientos sesenta y ocho, como a las cinco de la tarde, y vine a hacer noche a este hato de Agua Blanca, en donde se hallaban aprontados los bastimentos y cabalgaduras para su conducción, que unos y otras había dado // el vecindario.

Fol. 1026 r.

Provisiones

Hoy día cuatro salí de dicho Agua Blanca como a las cuatro de la tarde, por haber amanecido lloviendo y haber estado el resto del día garvando (sic). Hice la marcha llevándome dichos bastimentos, que se componían de tres cargas y un tercio de harina, un tercio de bollos y tres cargas de carne por estar adelante otras tres para aprovisionarnos. Sólo pude alcanzar a hacer noche en este hato de María Angola, a causa de una grande tempestad.

Hoy día cinco salí de María Angola al amanecer, y a causa de la mucha agua que hubo en la pasada noche, encontramos el Río del Diluvio lleno, lo que nos impidió pasar, y lo conseguimos por la noche, por lo que solo pudimos alcanzar el // hato de Camperucho.

Fol. 1026 v.

Hoy día seis salí de dicho Camperucho, y con la noche alcanzamos al paso del Hato de las Cabezas.

Hoy día siete hice parada para solicitar en aquellas haciendas hombres libres que fuesen baquianos de todos aquellos terrenos, y conseguí como dos indios molineros, que estaban en dichas cabezas para rastreros.

Reclutamiento

Hoy **día ocho** salimos de dichas cabezas, y sólo pudimos rebasar a este lado de Ariguaní, porque con la fuerza de las aguas estaba todo inundado y fue preciso el pasar embarcado dicho Río de Ariguaní.

Ruta

Hoy **día nueve** al amanecer salí de este Puerto Real de Ariguaní en donde pasé la noche, y vine a dar como a las cuatro de la tarde a las cabezas de Potrero Grande, en donde planté el Real. //

Fol. 1027 r. Hoy **día diez** dejé en este Real a doce hombres, y seguí con veintinueve en solicitud del monte de la Ceibita, el que ese día encontré, y por su montaña seguí en solicitud del camino real que sigue a Mompox. En esta montaña nos cogió la noche sin haber encontrado huella ni picadura sino una antigua, en las orillas del playón de dicho Potrero Grande.

Hoy **día once** seguimos la marcha en solicitud de dicho camino real de Mompox, al que salí y atravezé, registrando siempre, cargado sobre el río de Cesar, hasta que nos cogió la noche, sin haber encontrado sino picaduras viejas, que pueden ser de españoles.

Hoy **día doce** seguí para atrás, a salir al playón de la Ceibita, como salí, y unas veces por el monte y otras por la orilla de dicho playón, sólo encontraba en él demostraciones de indios, // [como] de sus dormidas, y en su solicitud me cogió la noche.

Fol. 1027 v.

Geografía

Hoy **día trece** seguí en derechura al Real, siempre por la orilla de dichos playones y montañas, y llegué a dicho Real al anochecer, sin haber encontrado más demostraciones que dormida de los indios.

Hoy **día catorce** me mantuve en el Real, porque descansase la gente, y sólo se registraron los alrededores de dicho real, por estar circunvalado de montaña, para reconocer si la nación bárbara se mantenía por ahí en alguna acechanza, de lo que no se encontró cosa alguna. Hoy **día quince** dejé el Real con doce hombres y seguí con veintiocho, por haberse devuelto uno de los dos indios, porque dijo que por todos aquellos parajes no había fundaciones, que los indios que salían por aquellas partes venían // de sus tierras, y tomé el rumbo Ariguaní arriba, por cuya orilla y montaña fui encontrando siempre picaduras y dormidas de dichos indios, en cuyo registro nos cogió la noche, y dormimos a orilla de dicho río.

Fol. 1028 r.

Señales de indios

Hoy **día dieciséis** seguí dicho río el mismo rumbo de río arriba, en donde encontramos unas madres viejas y un caño de aguas vivas que seguí, y encontramos unas rancherías, que al parecer no hacía muchos días que las habían dejado, mas alrededor de ellas no había sem-

brados algunos, lo que registramos, y ahí hicimos noche.

Fol. 1028 v.

Posible localiza-
ción de los indios

Hoy **día diecisiete** tomé la marcha en demanda del camino que abrió Don Manuel García, que va a salir a San Angel, el que a corta distancia encontramos, y en dicho camino [hallamos] huella // que enderezaba a dicho San Angel, las que seguimos aunque ya perdido dicho camino, registrando a un lado y otro de él y según se demuestra están dichos indios desde el camino hasta la fundación que hubo de Ariguaní, y viniendo en esta solicitud la noche, formamos real haciendo compañía, en cuyo ejercicio se dio el baquiano un machetazo en una pierna, quedando sin otro que nos guiase.

Fol. 1029 r.

Hoy **dieciocho** retrocedimos en solicitud de la ranche-
ría que el día antes habíamos visto, y llegado a ella dejé allí el hombre macheteado, que vino hasta allí a caballo, pues a prevención lo traje // por lo que pudiera ofrecerse, y seguí con diecinueve hombres por el mismo caño arriba, gran trecho. Y hecha esta camina-
da, embalsamos al otro lado de dicho caño, al que seguimos aguas abajo, hasta que nos pareció que pudié-
semos estar inmediatos a dicha ranchería, en donde quedó el macheteado, el que volvimos a embalsar, y seguimos a la ranchería, a donde llegamos con la noche, en donde encontramos huellas, no de muchos días, y no otras fundaciones ni sembrados.

Hoy **día diecinueve** tomamos la mañana, y seguimos en demanda del Real, al que llegamos sin ninguna novedad.

Fol. 1029 v.

Hoy **día veinte** levantamos el Real, y vinimos al paso del Real de Ariguaní, en donde dormimos por haber-
nos cogido // la noche en el embalse.

Clima

Hoy **día veintiuno**, salí de Ariguaní de retirada, y lle-
gado que fui a las Cabezas, dejé al cuidado del capitán de aquella hacienda cuatro cabalgaduras, por haberse éstas cansado, habiendo sido esta expedición bastante atormentada, pues desde que salimos haciendo nuestra
marcha, las aguas nos han atormentado, y desde que entramos en este terreno, no sólo aguas, sino abundan-
cia de zancudos; había molestia de estos animalitos; dejó para consideración de cada uno.

Fol. 1030 r.

Hoy **día veintidós**, salgo para la ciudad, llevando con-
migo las cabalgaduras y aperos para entregar al Ilus-
tre Cabildo, haciéndolo también de los cartuchos, con-
forme estuvieron, pues muchos de ellos se redujeron a pelota por las humedades // y hoy **día veinticuatro**,
llegué a esta ciudad, y entregué a los señores de este
cabildo cuanto pusieron a mi cuidado, y para que esté
en inteligencia de por dónde ha transitado esta expe-

dición, doy este diario, hoy veinticuatro de Febrero de mil setecientos sesenta y ocho. Joseph de Mendivil.

Es verdadera copia de los originales que se expresan, de donde he sacado el presente, de verbal mandato del Sr. Gobernador Interino de esta plaza y provincia de Santa Marta, con los que se corrigió y concertó este traslado; va cierto y verdadero, a que me remito, y para entregar a su Señoría con dichos originales, que dicho Sr. firma su mandato, doy el presente sello y firma en Santa Marta, a veintisiete días del mes de Junio de mil setecientos sesenta y ocho años. En esta sesenta y cuatro folios del correspondiente papel. Enmendado - S - Senado - Cubrió Vuestra Señoría siete r-o-v- Entre renglones - y unas falsillas - viéndose - el - amanecido por ante mí - Ve. - Testado - en - el - sa - llevamos - otra - siendo - títulos - P. Casa - , ora - labranza muy grande - Ruiz Díaz - ban - mot - y no se - en - bindo - no - Ve - .

Herrera.

Síndicos

Joachin Joseph de Robles

Escribano Público de Gobierno. //